



Div. B. 26.10

Año 1918

N. 3469

UNIVERSIDAD NACIONAL DE BUENOS AIRES

FACULTAD DE CIENCIAS MÉDICAS

Alcoholismo y Tuberculosis

T E S I S

PRESENTADA PARA OPTAR AL TÍTULO DE DOCTOR EN MEDICINA

POR

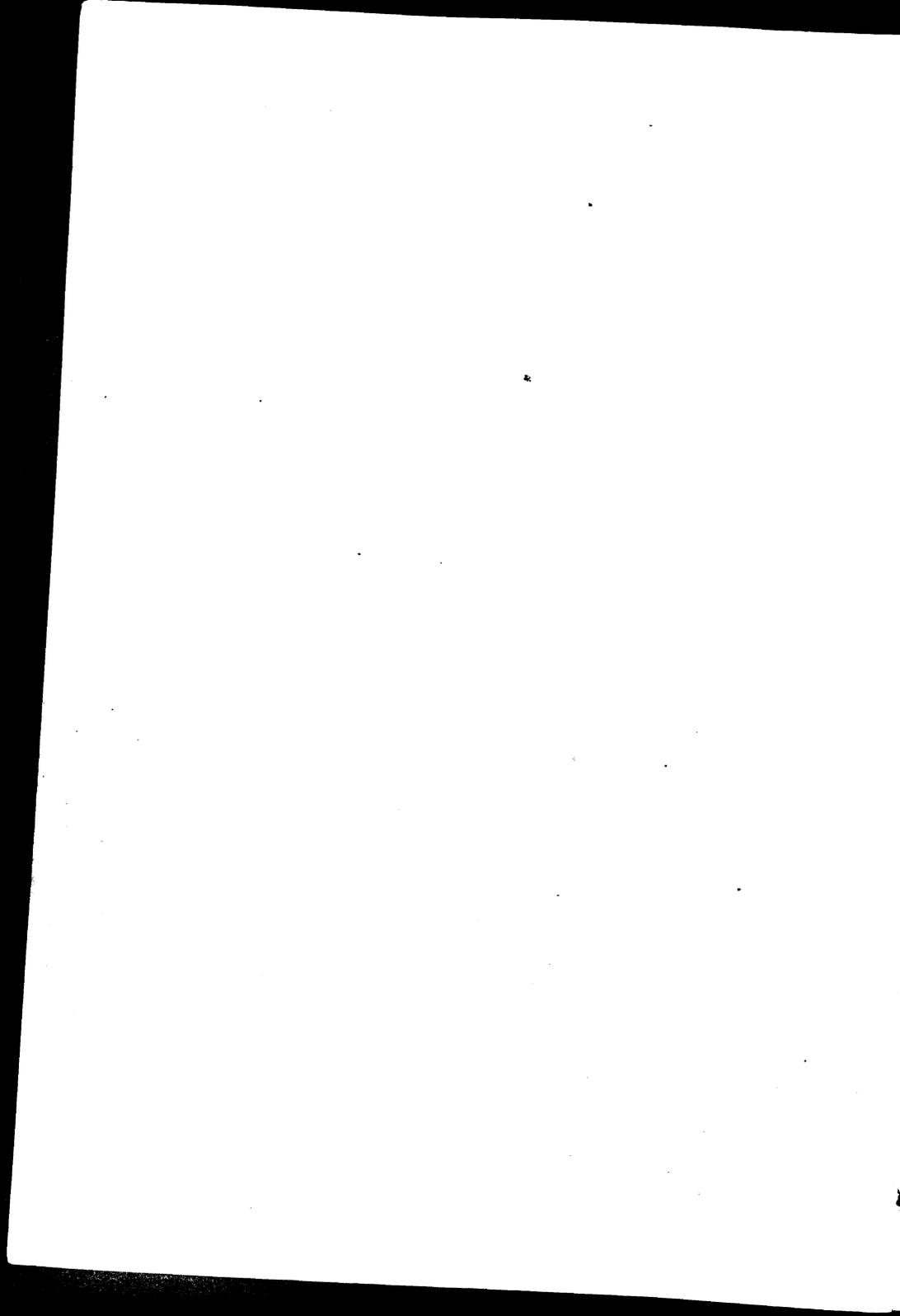
ESTEBAN LUCOTTI

Ex-practicante del Hospital Torcuato de Alvear



BUENOS AIRES
IMP BOSSIO & BIGLIANI - CORRIENTES 3151
1918

ALCOHOLISMO Y TUBERCULOSIS



Año 1918

N. 3469

UNIVERSIDAD NACIONAL DE BUENOS AIRES

FACULTAD DE CIENCIAS MÉDICAS

Alcoholismo y Tuberculosis

TESIS

PRESENTADA PARA OPTAR AL TÍTULO DE DOCTOR EN MEDICINA

POR

ESTEBAN LUCOTTI

Ex-practicante del Hospital Toronato de Alvear



BUENOS AIRES
IMP BOSSIO & BIGLIANI - CORRIENTES 3151
1918

La Facultad no se hace solidaria de
opiniones vertidas en las tesis.

Artículo 162 del R. de la Facultad.

FACULTAD DE CIENCIAS MÉDICAS

ACADEMIA DE MEDICINA

Presidente

DR. D. DANIEL J. CRANWELL

Vice-Presidente

DR. D. MARCELINO HERRERA VEGAS

Miembros Titulares

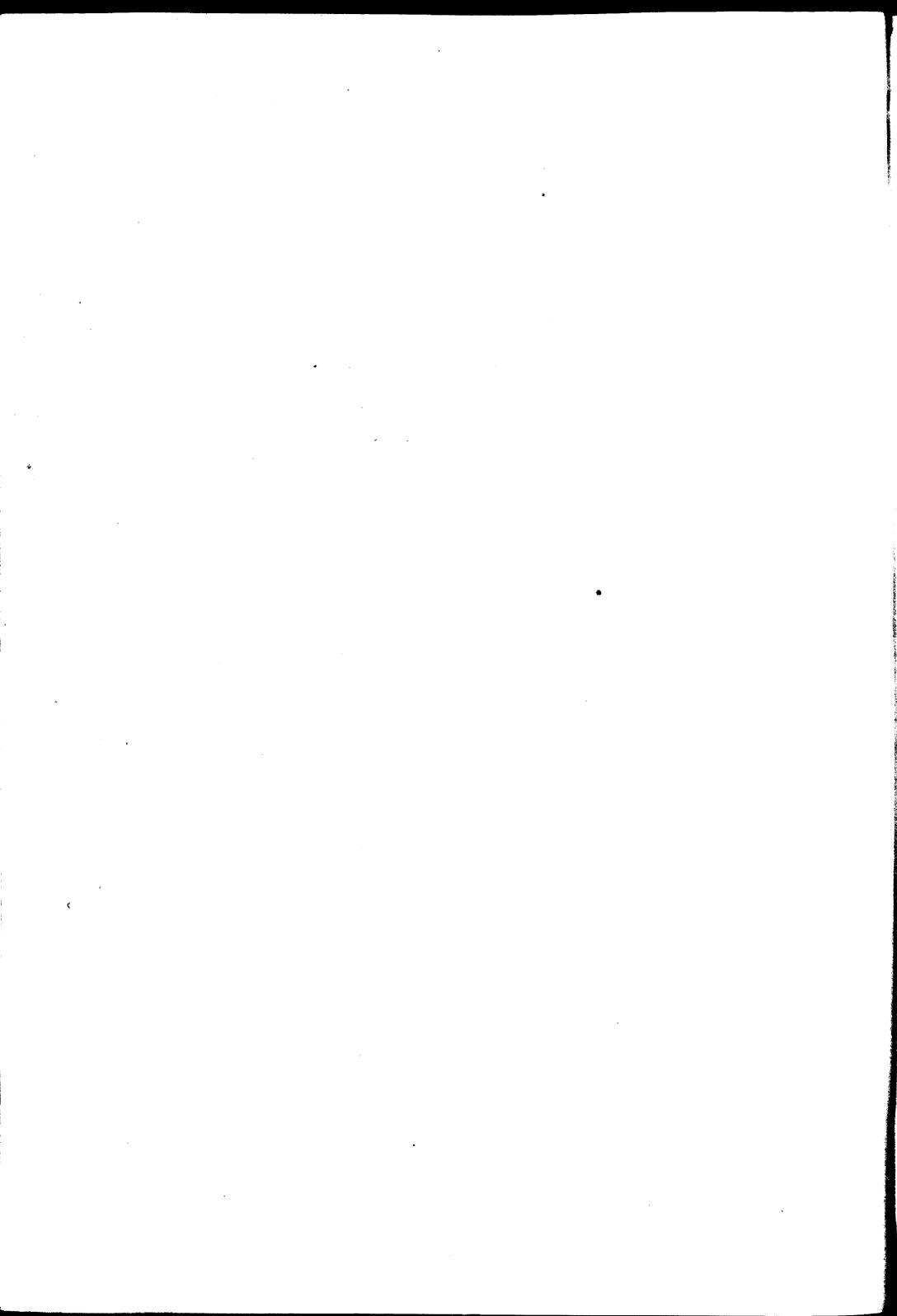
1. DR. D. EUFEMIO UBALLES
2. » » PEDRO N. ARATA
3. » » ROBERTO WERNICKE
4. » » JOSÉ PENNA
5. » » LUIS GÜEMES
6. » » ELISEO CANTÓN
7. » » ANTONIO C. GANDOLFO
8. » » ENRIQUE BAZTERRICA
9. » » DANIEL J. CRANWELL
10. » » HORACIO G. PIÑERO
11. » » JUAN A. BOERI
12. » » ANGEL GALLARDO
13. » » CARLOS MALBRÁN
14. » » M. HERRERA VEGAS
15. » » ANGEL M. CENTENO
16. » » FRANCISCO A. SICARDI
17. » » DIÓGENES DECOUD
18. » » DESIDERIO F. DAVEL
19. » » GREGORIO ARAOZ ALFARO
20. » » DOMINGO CABRED
21. » » ABEL AYERZA
22. » » EDUARDO OBEJERO
23. » » JOSÉ A. ESTEVES.
24. » » Vacante

Secretario General

Vacante

Secretario

DR. D. ANTONIO C. GANDOLFO



FACULTAD DE CIENCIAS MÉDICAS

CONSEJO DIRECTIVO

Decano

DR. D. ENRIQUE BAZTERRICA

Vice Decano

DR. D. DOMINGO CABRED

Consejeros

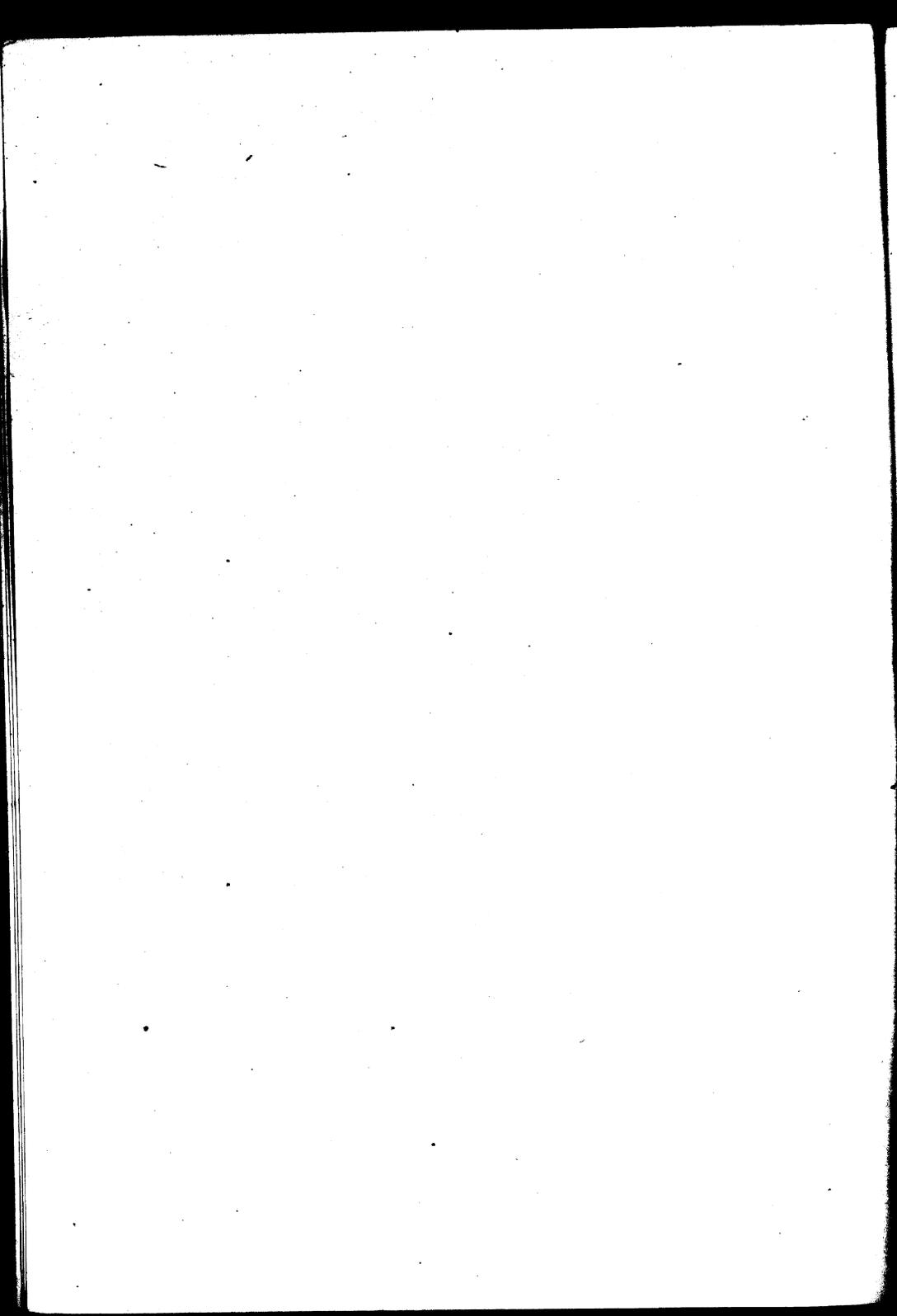
DR. D. ENRIQUE BAZTERRICA

- » » ELISEO CANTÓN
- » » ANGEL M. CENTENO
- » » DOMINGO CABRED
- » » MARCIAL V. QUIROGA
- » » JOSÉ ARCE
- » » EUFEMIO UBALLES (con lic.)
- » » DANIEL J. CRANWELL
- » » CARLOS MALBRÁN
- » » JOSÉ F. MOLINARI
- » » MIGUEL PUIGGARI
- » » ANTONIO C. GANDOLFO (suplente)
- » » FANCOR VELARDE
- » » IGNACIO ALLENDE
- » » MARCELO VIÑAS
- » » PASCUAL PALMA

Secretarios

DR. D. PEDRO CASTRO ESCALADA

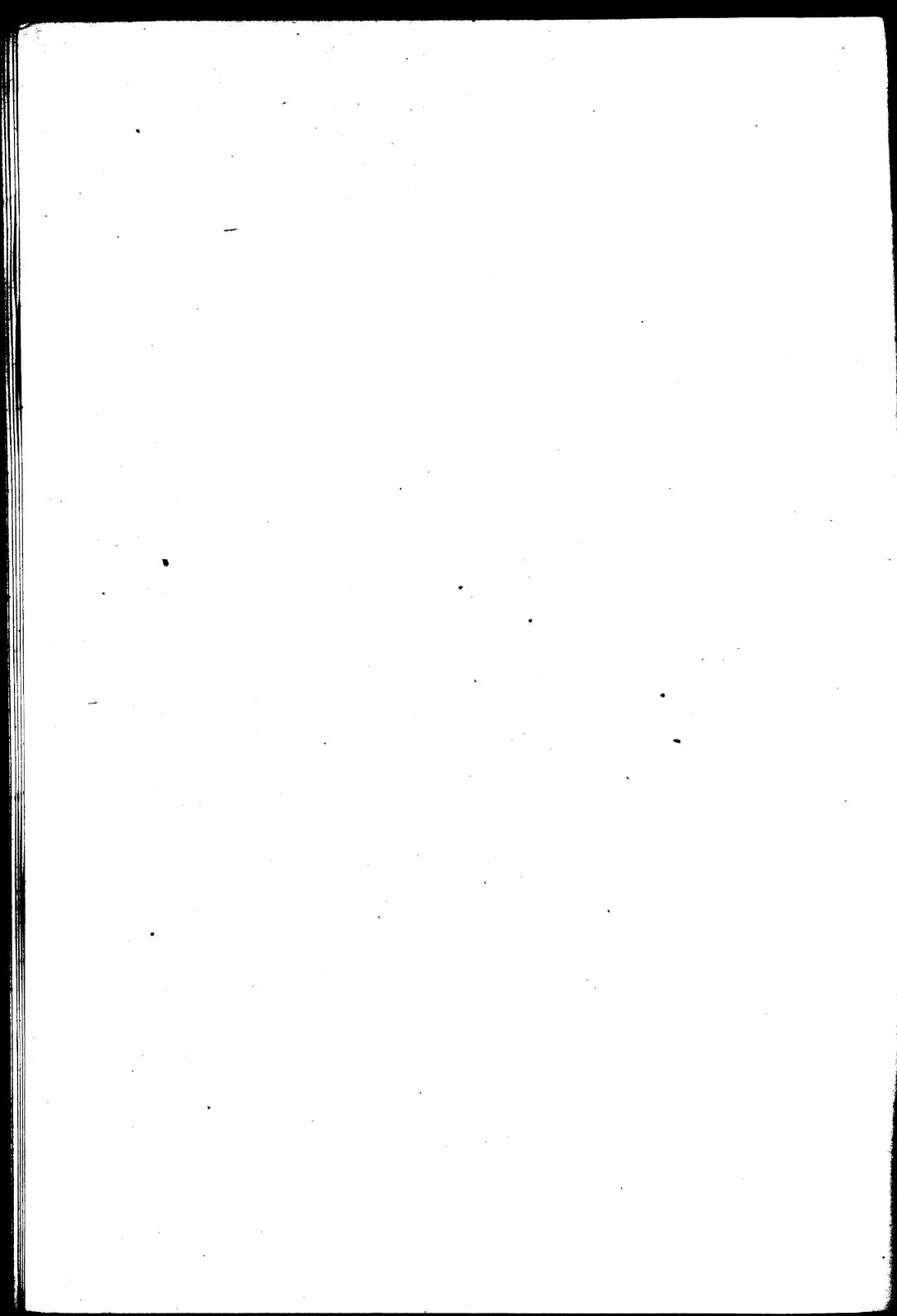
- » » JUAN A. GABASTOU



ESCUELA DE MEDICINA

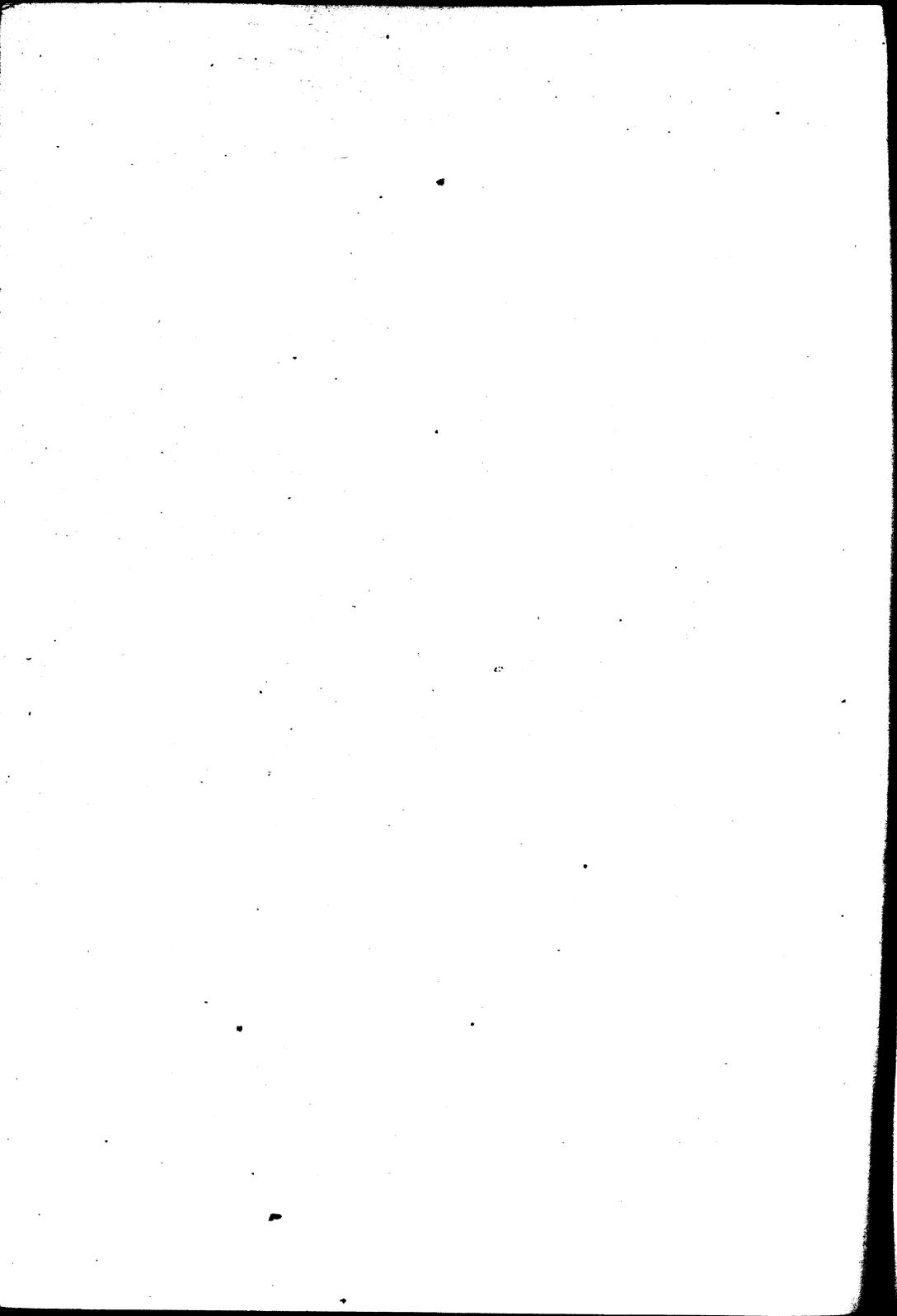
PROFESORES HONORARIOS

- DR. ROBERTO WERNICKE
- » JUVENCIO Z. ARCE
- » PEDRO N. ARATA
- » FRANCISCO DE VEYGA
- » ELISEO CANTÓN
- » JUAN A. BOERI
- » FRANCISCO A. SICARDI
- » TELÉMACO SUSINI



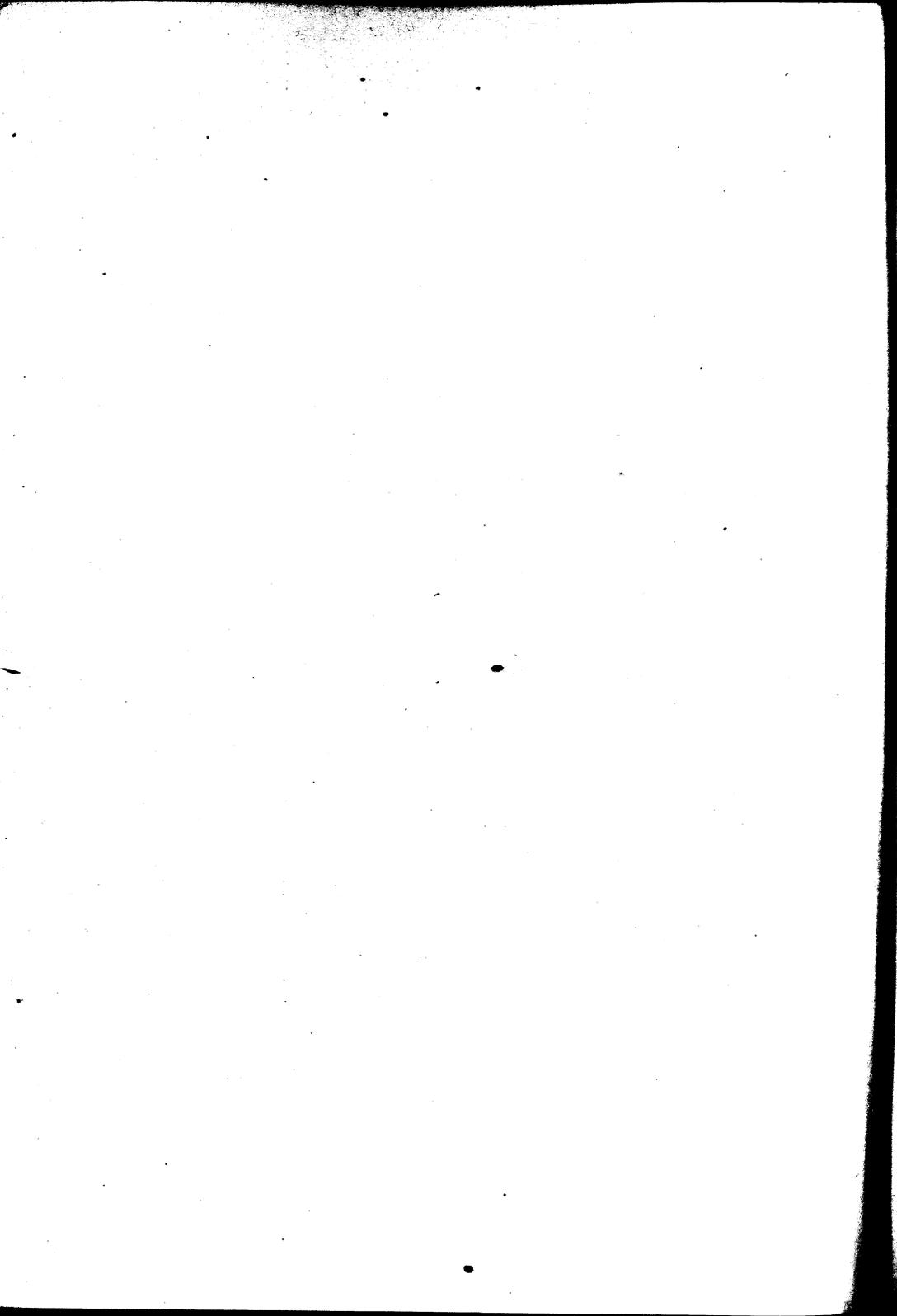
ESCUELA DE MEDICINA

Asignaturas	Catedráticos Titulares
Zoología Médica	DR. PEDRO LACAVERA
Botánica Médica	» LUCIO DURANAÑA
	» RICARDO S. GÓMEZ
Anatomía Descriptiva	» RICARDO SARMIENTO LASPIUR
	» JOAQUÍN LÓPEZ FIGUEROA
	» PEDRO BELOU
Histología	» RODOLFO DE GAINZA
Física Médica	» ALFREDO LANARI
Fisiología General y Humana.	» HORACIO G. PIÑERO
Bacteriología	» CARLOS MALBRÁN
Química Biológica	» PEDRO J. PANDO
Higiene Pública y Privada.....	» RICARDO SCHATZ
Semiología y ejercicios clínicos	» GREGORIO ARÁOZ ALFARO
	» DAVID SPERONI
Anatomía Topográfica	» AVELINO GUTIÉRREZ
Anatomía Patológica	» (VACANTE)
Materia Médica y Terapéutica.	» JUSTINIANO LEDESMA
Patología Externa	» DANIEL J. GRANWELL
Medicina Operatoria	» LEANDRO VALLE
Clínica Dérmato-Sifilográfica.	» (Vácante).
Clínica Génito-urinaria.....	» PEDRO BENEDIT
Toxicología Experimental.....	» JUAN B. SEÑORÁNS
Clínica Epidemiológica.....	» JOSÉ PENNA
Clínica Oto-rino-laringológica.	» EDUARDO OBEJERO
Patología Interna.....	» MARCIAL V. QUIROGA
Clínica Oftalmológica.....	» ENRIQUE B. DEMARÍA
	» LUIS GÜEMES
» Médica.....	» LUIS AGOTE
	» IGNACIO ALLENDE
	» ABEL AYERZA
	» PASCUAL PALMA
» Quirúrgica.....	» DIÓGENES DECOUD
	» ANTONIO C. GANDOLFO
	» MARCELO T. VIÑAS
» Neurológica.....	» JOSÉ A. ESTEVES
» Psiquiátrica.....	» DOMINGO CABRED
» Obstétrica.....	» ENRIQUE ZÁRATE
» Obstétrica.....	» SAMUEL MOLINA
» Pediátrica	» ANGEL M. CENTENO
Medicina Legal.....	» DOMINGO S. CAVIA
Clínica Ginecológica.....	» ENRIQUE BAZTERRICA



ESCUELA DE MEDICINA

Asignaturas	Catedráticos extraordinarios
Botánica Médica.....	DR. RODOLFO ENRÍQUEZ
Zoología »	» DANIEL J. GREENWAY
Histología normal.....	» JULIO G. FERNÁNDEZ
Física Médica.	» JUAN JOSÉ GALIANO
Bacteriología.....	» JUAN CARLOS DELFINO
Anatomía Patológica.....	» LEOPOLDO URIARTE
Higiene Médica.....	» ALOIS BACHMANN
Clínica Dérmato-Sifilográfica..	» JOSÉ BADÍA
Clínica génito-urinaria.....	» FELIPE A. JUSTO
Patología externa.....	» MAXIMILIANO ABERASTURY
Patología Interna.....	» BERNARDINO MARAINI
Clínica oto-rino-laringológica..	» CARLOS ROBERTSON LAVALLE
Clínica Neurológica.....	» RICARDO COLÓN
Clinica Pediátrica.....	» ELISEO V. SEGURA
Clinica Quirúrgica.....	» JOSÉ R. SEMPRÚN
Clinica Psiquiátrica.....	» MARIANO ALURRALDE
Clinica obstétrica.....	» ANTONIO F. PIÑERO
Clinica Ginecológica	» MANUEL A. SANTAS
Clinica Médica.....	» MAMERTO ACUÑA
	» FRANCISCO LLOBET
	» MARCELINO HERRERA VEGAS
	» JOSÉ ARCE
	» JOSÉ T. BORDA
	» BENJAMÍN T. SOLARI
	» ARTURO ENRÍQUEZ
	» ALBERTO PERALTA RAMOS
	» JOSÉ F. MOLINARI
	» PATRICIO FLEMING

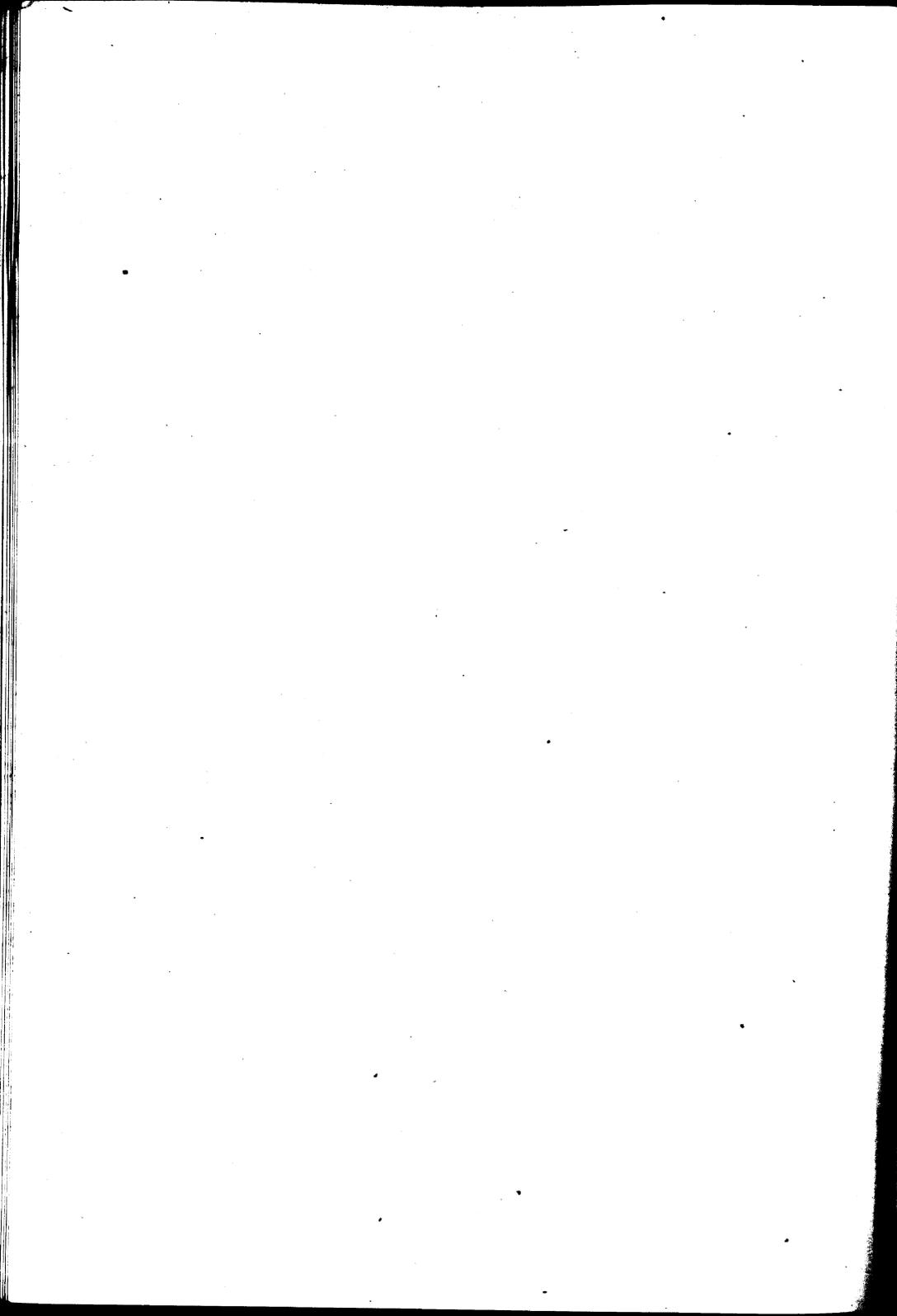


ESCUELA DE MEDICINA

Asignaturas

Catedráticos sustitutos

Zoología médica.....	DR. GUILLERMO SEEBER
Anatomía descriptiva.....	» SILVIO E. FARODI
Fisiología general y humana.....	» EUGENIO GALLI
Bacteriología.....	» JUAN JOSÉ CIRIO
Química Biológica.....	» FRANCISCO ROPHILLE
Higiene Médica.....	» FRANK L. SOLER
Semiología y ejercicios clínicos.....	» BERNARDO HOUSSAY
Anatomía patológica.....	» RODOLFO RIVAROLA
Materia médica y terapéutica.....	» SALVADOR MAZZA
Medicina operatoria.....	» BENJAMÍN GALARCE
Patología externa.....	» MANUEL V. CARBONELL
Clinica dermato-sifilográfica.....	» SANTIAGO M. COSTA
» Génito urinaria.....	» CARLOS BONORINO UDAONDO
» epidemiológica.....	» ALFREDO VITÓN
» oftalmológica.....	» PEDRO J. HARDOY
» oto-rino-laringológica.....	» JOAQUÍN LLAMBIAS
Patología interna.....	» ANGELO H. BOFFO
Clinica quirúrgica.....	» PEDRO ELIZALDE
» Neurológica.....	» JOSÉ MORENO
» Médica.....	» PEDRO CASTRO ESCALADA
» pediátrica.....	» ENRIQUE FINOCCHIETTO
» ginecológica.....	» FRANCISCO P. CASTRO
» obstétrica.....	» CASSELLFORT LUGONES
Medicina legal.....	» ENRIQUE M. OLIVERI
Clinica Psiquiátrica.....	» ALEJANDRO CEVALLOS
	» NICOLÁS V. GRECO
	» PEDRO L. BALISA
	» JOAQUÍN CERVERA
	» JOAQUÍN NIN POSADAS
	» FERNANDO R. TORRES
	» FRANCISCO DESTÉFANO
	» ANTONINO MARCO DEL POME
	» DANIEL THAMM
	» ADOLFO NOCETTI
	» RAÚL ARGANARAZ
	» JUAN DE LA CRUZ CORREA
	» MARTÍN CASTRO ESCALADA
	» BELLE J. BASAVELASO
	» ANTONIO R. ZAMBRINI
	» ENRIQUE FERREIRA
	» PEDRO LABAQUI
	» LEONIDAS JORGE FACIO
	» PABLO M. BARLARO
	» EDUARDO MARIÑO
	» ARMANDO R. MAROTTA
	» LUIS A. TAMINI
	» MIGUEL SUSSINI
	» ROBERTO SOLÉ
	» PEDRO CHUTRO
	» JOSÉ M. JORGE (H.)
	» OSCAR COPELLO
	» ADOLFO E. LANDEVAR
	» JORGE LEVRO DÍAZ
	» ANTONIO F. CELESIA
	» TOMÁS B. KENNY
	» GUILLERMO VALDÉS (H.)
	» VICENTE DIMITHI
	» ROMULO H. CHIAPPORI
	» JEAN JOSÉ VITÓN
	» PABLO J. MORSALINE
	» RAFAEL A. BELLERICH
	» IGNACIO IMAZ
	» PEDRO ESCUDERG
	» MAHANO R. GASTEX
	» PEDRO J. GARCÍA
	» JOSÉ DESTÉFANO
	» JUAN R. GOYENA
	» JUAN JACOBO SPANGENBERG
	» TULLIO MARTINI
	» CÁNDRIDO PATIÑO MAYER
	» GENARO SISTO
	» PEDRO DE ELIZALDE
	» FERNANDO SCHWELZER
	» JUAN CARLOS NAVARRO
	» JAIME SALVADOR
	» TORIBIO PICCARDO
	» CARLOS R. CIRIO
	» OSVALDO L. BOFFARO
	» JULIO IRRIBANE
	» CARLOS ALBERTO CASTAÑO
	» FAUSTINO J. TRONGÉ
	» JUAN B. GONZÁLEZ
	» JUAN C. RISSO DOMÍNGUEZ
	» JUAN A. GABASTOU
	» ENRIQUE A. BERRIO
	» JOSUÉ A. BERUETTI
	» NICANOR PALACIOS COSTA
	» VICTORIO MONTEVERDE
	» JOAQUÍN V. GRECCO
	» JAVIER BRANDAN
	» ANTONIO D'ORSENA
	» AMABLE JONES



ESCUELA DE PARTERAS

Asignaturas

Catedráticos titulares

Primer año:

Anatomía, Fisiología, etc..... DR. J. C. LLAMES MASSINI

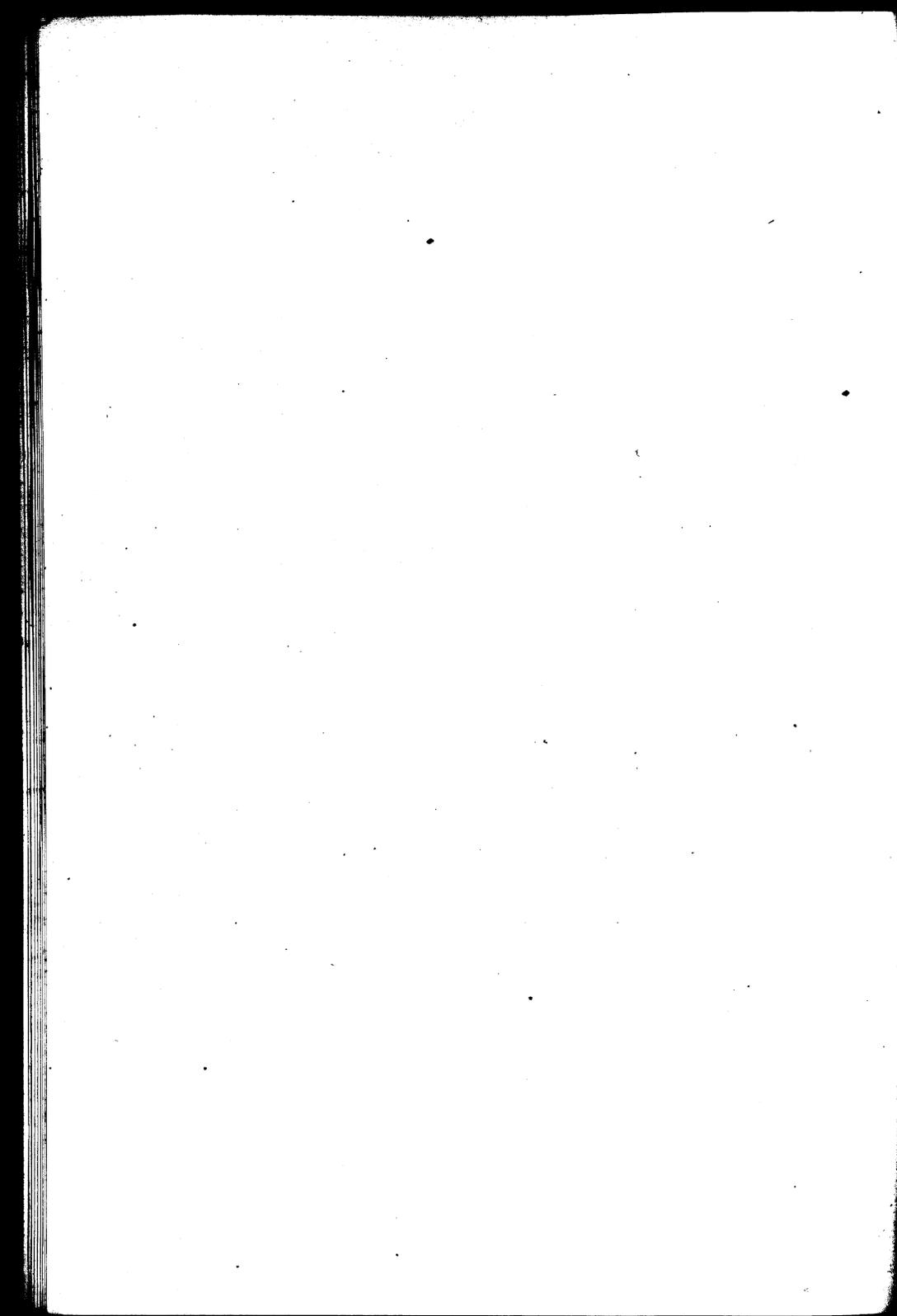
Segundo año:

Parto fisiológico..... DR. MIGUEL Z. O'FARRELL

Tercer año:

Clínica obstétrica DR. FANOR VELARDE

Puericultura..... DR. UBALDO FERNÁNDEZ



ESCUELA DE FARMACIA

Asignaturas

Zoología general. — Anatomía y Fisiología comparadas.....
 Física farmacéutica.....
 Química farmacéutica inorgánica...
 Botánica y Micrografía vegetal...
 Química farmacéutica orgánica.....
 Técnica farmacéutica (1er curso)...
 Higiene, Ética y Legislación.....
 Química analítica general.....
 Farmacognosia especial.....
 Técnica farmacéutica (2º. curso)...

Catedráticos titulares

Dr. ANGEL GALLARDO
 » JULIO J. GATTI
 » MIGUEL PUIGGARI
 » ADOLFO MUJICA
 (Vacante)
 » J. MANUEL IRIZAR
 » RICARDO SCHATZ
 » FRANCISCO P. LAVALLE
 Sr. JUAN A. DOMÍNGUEZ
 Dr. J. MANUEL IRIZAR

Asignaturas

Zoología general—Anatomía y fisiologías comparadas.....
 Física farmacéutica.....
 Química farmacéutica inorgánica...
 Botánica y Micrografía vegetal....
 Química farmacéutica orgánica.....
 Técnica farmacéutica.....
 Química analítica general.....
 Farmacognosia especial.....

Catedráticos sustitutos

Dr. ANGEL BIANCHI LISCHETTI
 » TOMÁS J. RUMI
 » ANGEL SABATINI
 » EMILIO M. FLORES
 » ILDEFONSO C. VATTUONE
 » PEDRO J. MÉSIGOS
 Dr. LUIS GUGLIAMMELLI
 Sr. RICARDO ROCCATAGLIATA
 » PASCUAL CORTI
 » CLEOFÉ CROCCO
 Dr. JUAN A. SANCHEZ
 Sr. OSCAR MIALOCK

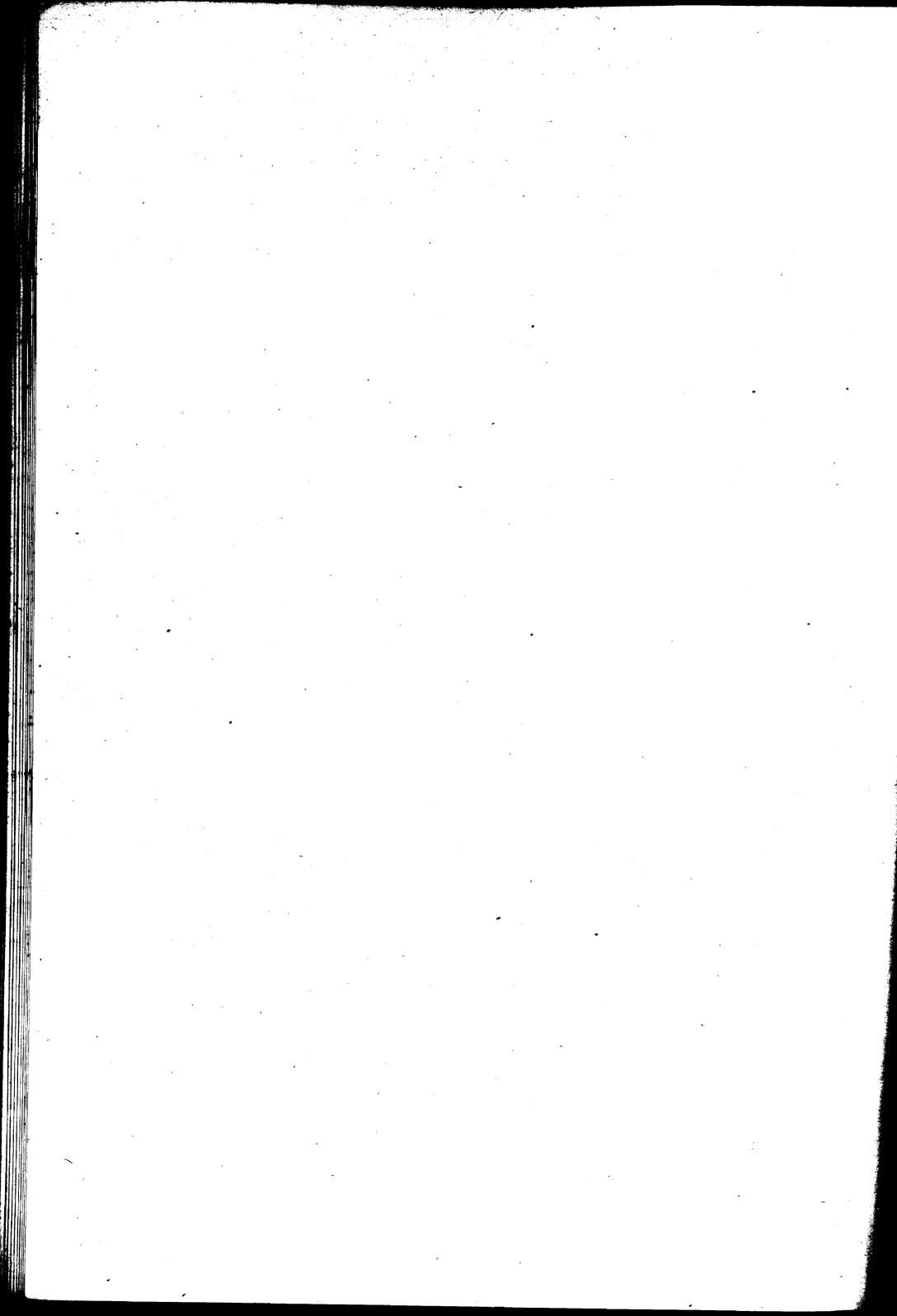
DOCTORADO EN FARMACIA

Asignaturas

Complementos de Matemáticas.....
 Mineralogía y Geología.....
 Botánica (2. Curso) Bibliografía botánica argentina.....
 Química analítica aplicada (Medicamentos).....
 Química biológica.....
 Química analítica aplicada (Bromatología).....
 Física general.....
 Bacteriología.....
 Toxicología y Química legal.....

Catedráticos titulares

— —
 — —
 — —
 Dr. JUAN A. SÁNCHEZ (supl. en ejercicio)
 » PEDRO J. PANDO
 — —
 — —
 » CARLOS MALBRÁN
 » JUAN B. SEÑORÀNS

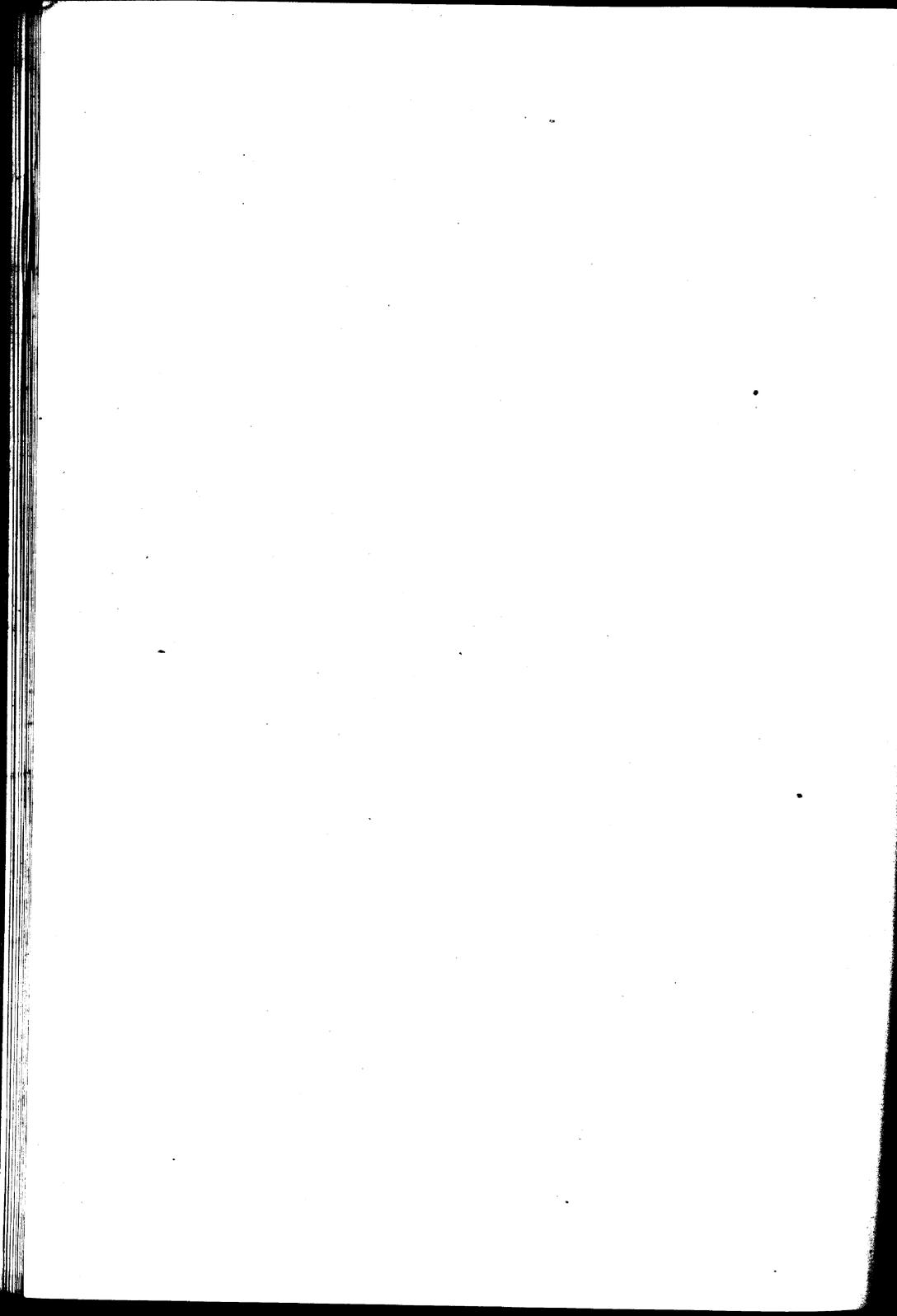


ESCUELA DE ODONTOLOGIA

Asignaturas	Catedráticos titulares
1.er año.....	DR. RODOLFO ERAUZQUIN
2.º año.....	» LEÓN PEREYRA
3.er año.....	» N ETCHEPAREBORDA
Prótesis dental	SR. ANTONIO J. GUARDO

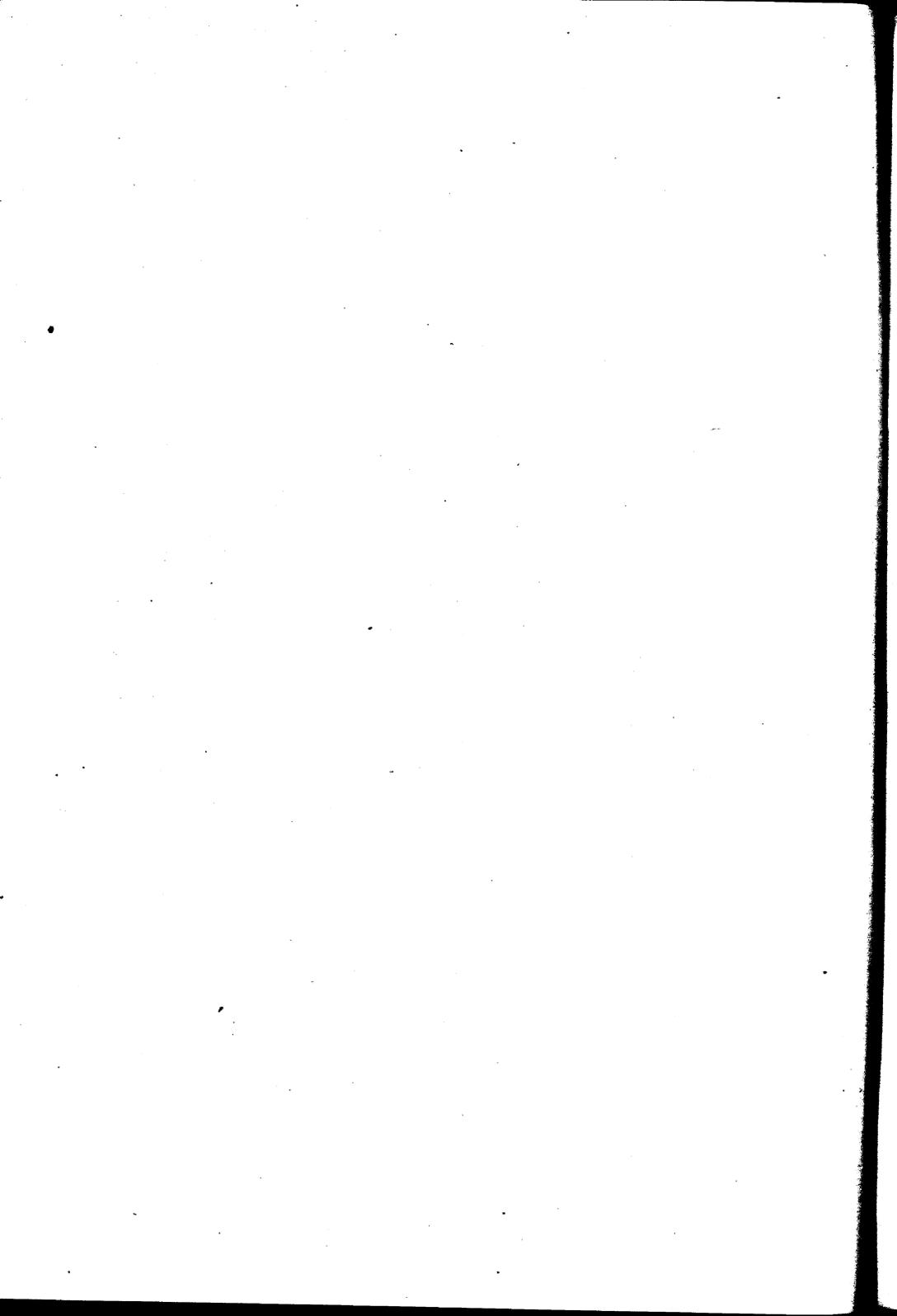
Catedráticos sustitutos

- DR. ALEJANDRO CABANNE
- » TOMÁS S. VARELA (2º año)
- SR. JUAN U. CARREA (Prótesis)
- » CORIOLANO BREA (»)
 - » CIRO DURANTE AVELLANAL (1er. año)

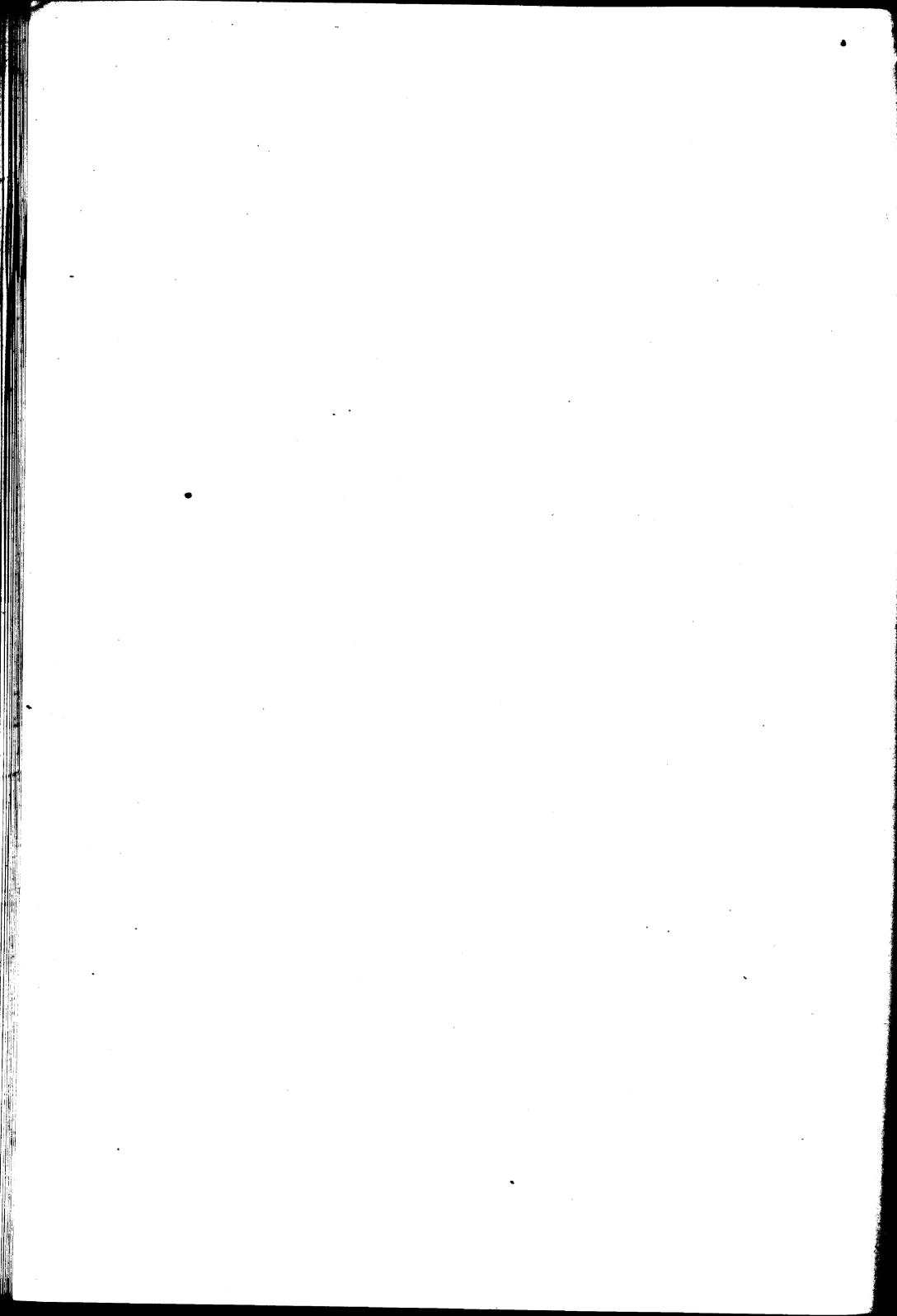


PADRINO DE TESIS:

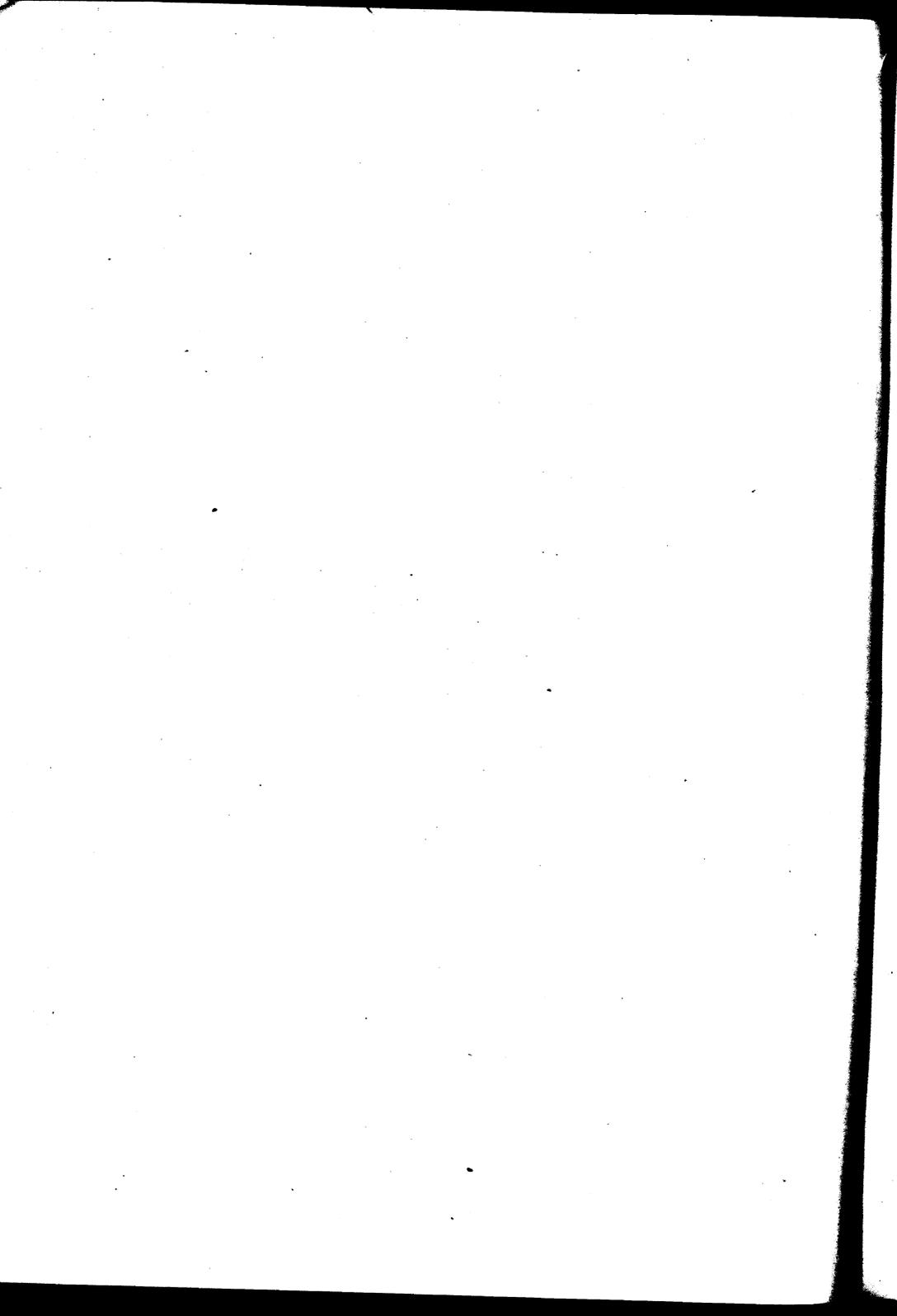
Dr. RAMON N. EIZAGA



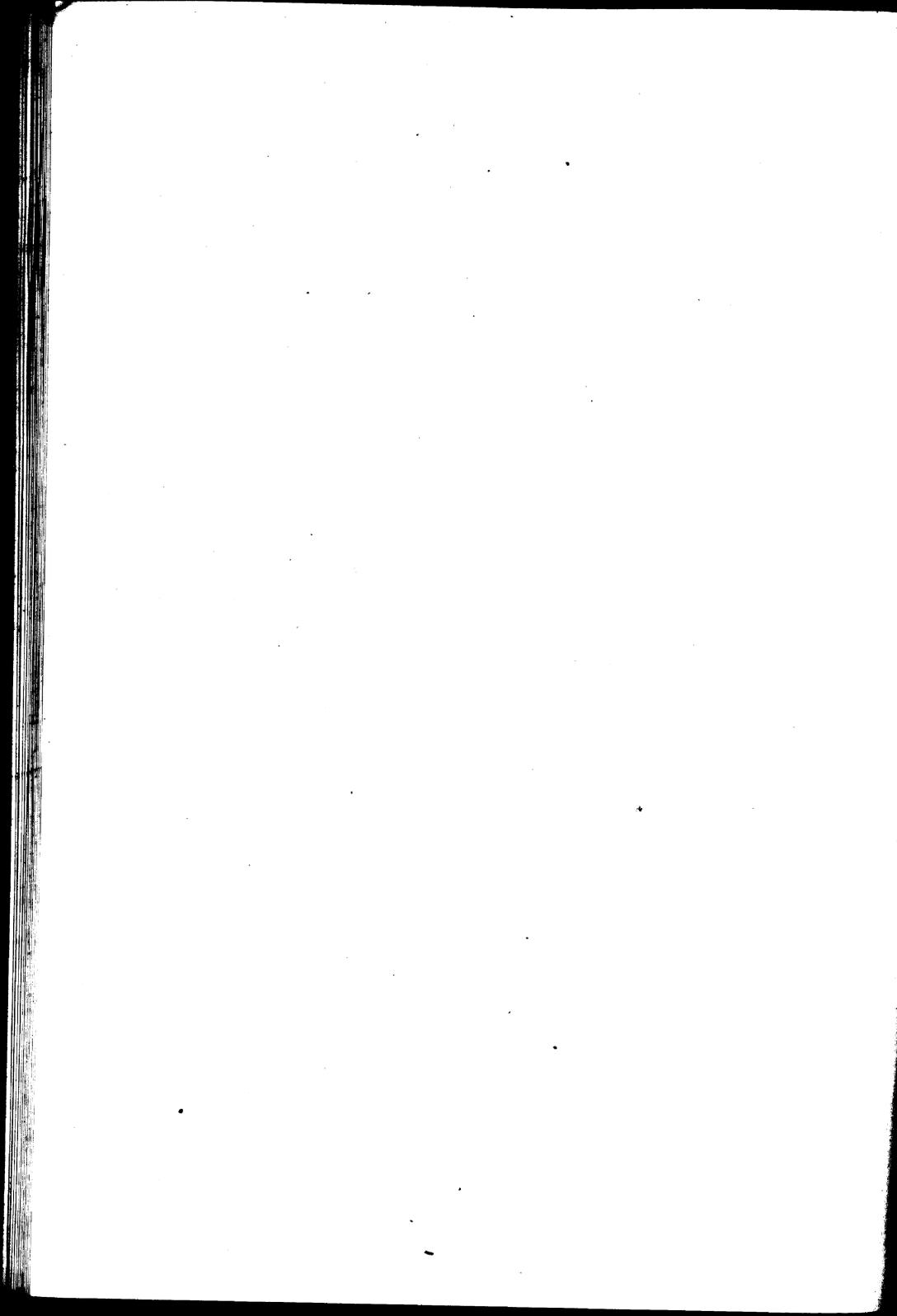
A MIS PADRES



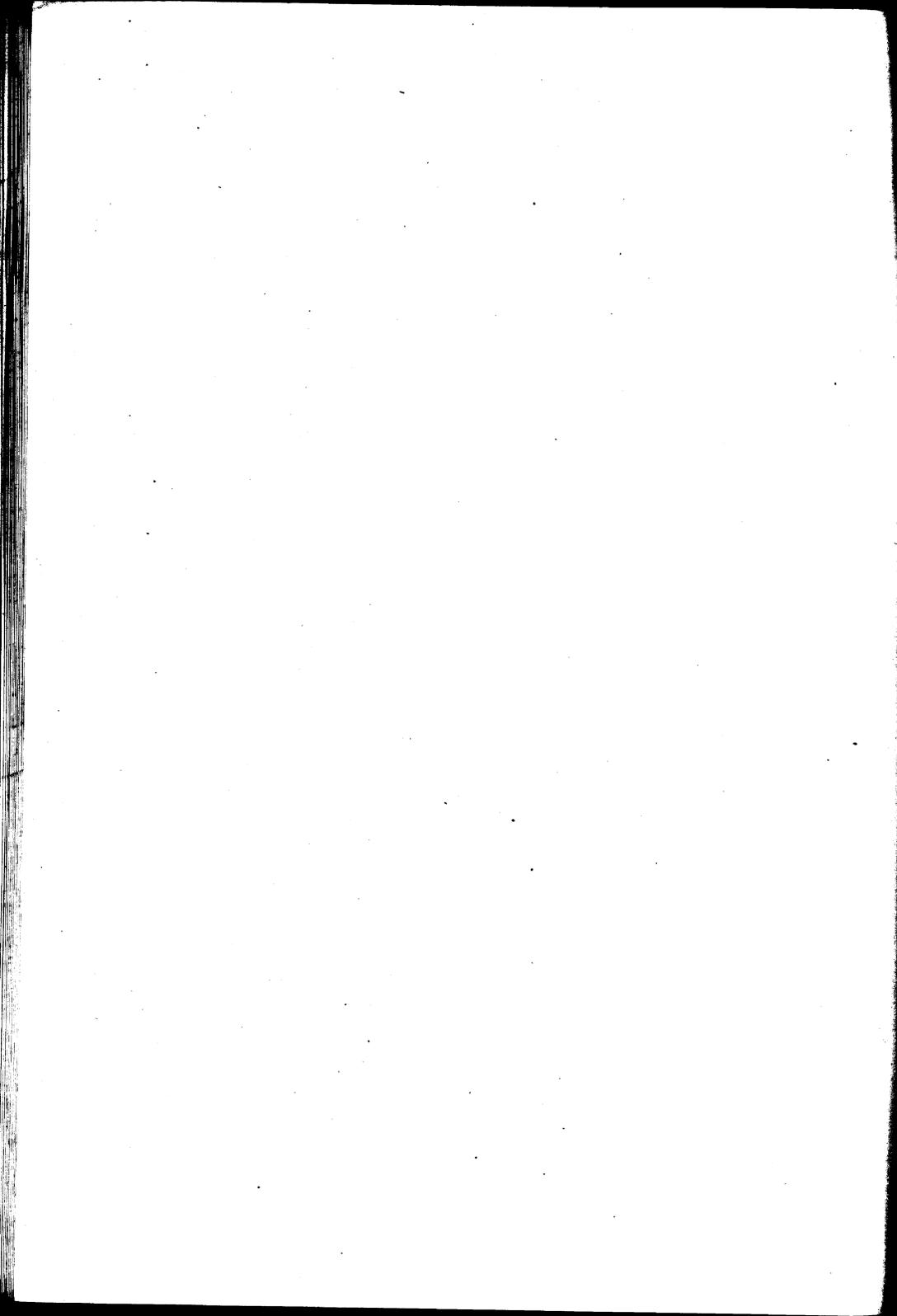
A LOS MIOS



A MIS COMPAÑEROS DE INTERNADO
EN EL HOSPITAL TORCUATO DE ALVEAR



A MIS CONDISCIPULOS DE LA «1ª DE 5ª»



Señores Académicos,

Señores Consejeros,

Señores Profesores:

Llegó la hora de partir. Ya está pronto el equipaje; ya están listas las maletas en que pusimos un poco de ciencia—de vosotros, maestros, aprendida—un mucho de entusiasmo—todo el que alienta nuestro corazón—y la bondad aquella que bebimos en el seno de la madre, al calor de su caricia, y que quisimos conservar intacta a través de nuestra vida. Llevamos para el viaje la alegría propia de nuestros pocos años y, para abreviar la jornada, todos los gratos recuerdos que, con meticoloso empeño, hemos ido acomodando en el desván más amplio del cerebro.

¿Dónde vamos? ¿Cuál es nuestro destino? ¿Poco importa! sea breve o penosa la travesía, empinada la cima que escalemos, árida y desolada la llanura que surquemos, tenga flores el borde de la senda o debamos destrozarnos nuestra sandalia en los duros guijarros

del camino; mientras haya alegría, mientras haya entusiasmo, mientras haya bondad, es decir, mientras brille el sol alto y riente, marcharemos siempre adelante, que no han de ser tan grandes las fatigas, que nublen el brillo de los ojos, ni tantos los obstáculos, que nos quiten del rostro la sonrisa.

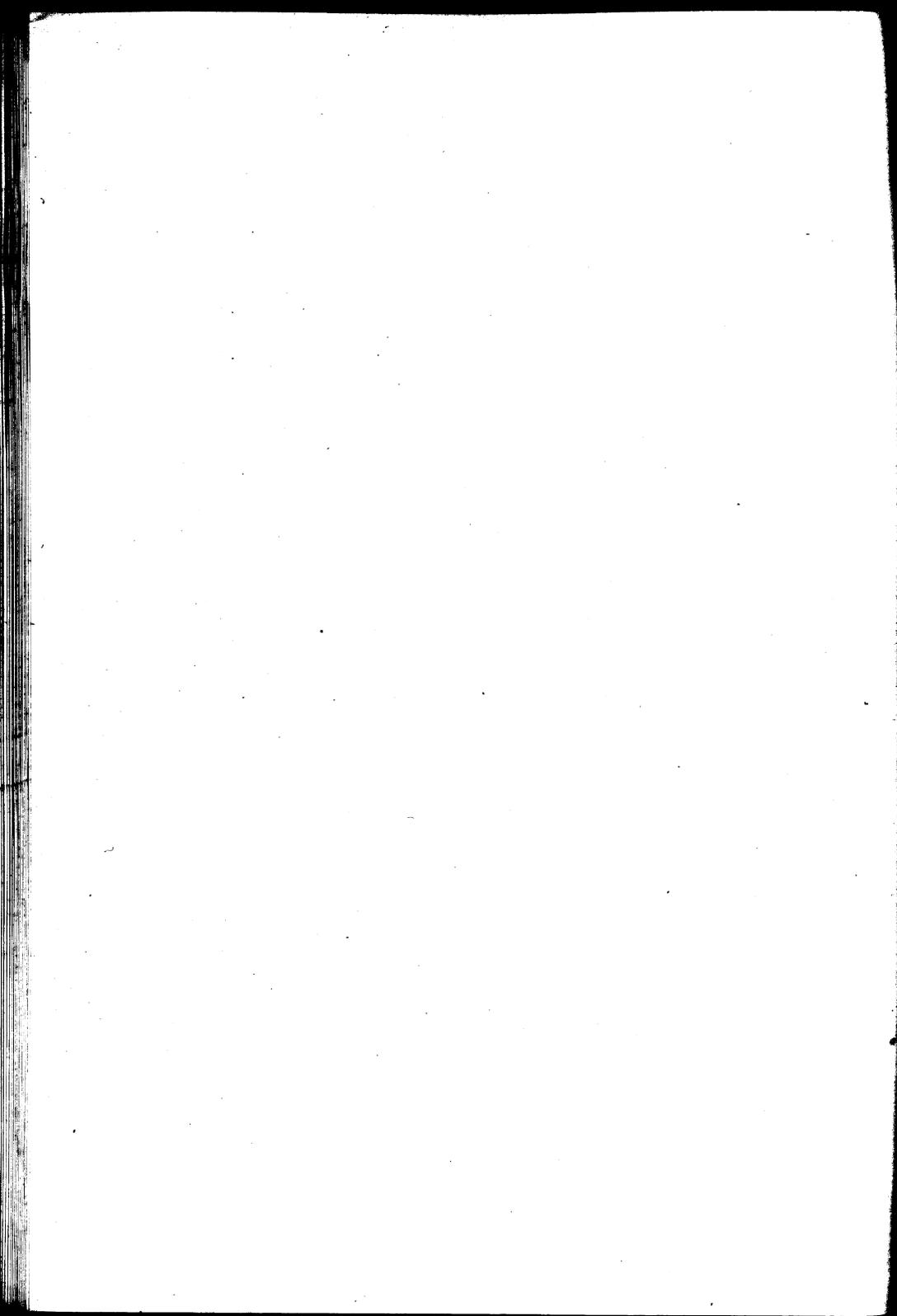
Llegó la hora de emprender la marcha, pero es fuerza dilatar un instante la partida para estrechar la mano a los amigos y saludar la casa en que vivimos. Hay que grabar bien hondo en la retina la imagen de las caras y las cosas familiares.

Pasan por ante la pupila, dilatada de emoción, las solemnes y glaciales aulas de la Escuela, los alegres y amables jardines del Hospital Torcuato de Alvear; la querida silueta del pabellón de practicantes, donde vivimos los días más alegres de la vida y donde sentimos los más grandes afectos juveniles, se destaca con relieves acentuados, y al evocar los rostros que en él vimos y al recordar la vida que gozamos, el labio, trémulo, intenta en vano una palabra que trasunte la pena infinita de perderlos al dejar a nuestra espalda la juventud que canta y que alborota.

Jefes y maestros de quienes aprendimos a mitigar dolores: tened la convicción de que hemos de aplicar vuestra enseñanza tal vez con poca ciencia, pero, sin duda, con la mayor bondad.

Y vosotros, queridos compañeros de internado que nos enseñásteis a sentir la amistad en lo que tiene de

más noble y de más hondo, tened también la convicción de que dejamos, al iniciar el viaje, una gran parte de la alegría que constituye nuestro mejor tesoro, entre las blancas paredes de vuestro pabellón.



Introducción

Cuenta la leyenda que Dionisos—el dios joven y alegre, el rey divino de la naturaleza agreste—probó una vez el fruto de la viña virgen que cubría la bóveda de la fresca caverna en que moraba y, poseído de la extraña voluptuosidad que ese néctar le produjo, acompañado de las ninfas y de los genios del bosque, con su hermosa cabeza coronada de pámpanos y laureles, corrieron por las rocas escarpadas, bajaron al fondo de los valles, visitaron los bosques y praderas llenándolos con sus risas bulliciosas y distribuyeron vino a amigos y enemigos. Los primeros gozaron, del divino obsequio, consuelos y alegrías, los segundos, en cambio, se sintieron impulsados por un furor salvaje y hubieron de sufrir grandes castigos.

Si, después de los siglos transecurridos, tratamos de juzgar el presente divino, si consideramos las enormes desventuras que la generosidad del dios produjo en los descendientes de los por ella obsequiados, debe-

mos convenir en que unos y otros, amigos y enemigos, tuvieron el mismo legado; sólo motivos de tristeza y desolación sacaron todos de la generosidad del bullicioso dios.

Los egipcios, los hebreos, los griegos y los romanos, herederos de los favorecidos por Dionisis, hicieron, en todos los tiempos, del vino un culto y le asociaron a todas las manifestaciones de júbilo popular, a todas las orgías, a todos los festines, tratando solamente de gozar las alegrías que el dios les prometiera y dejando —ignorantes o inconscientes— las penas y las desventuras para sus herederos.

Son tristemente célebres las bacanales que, si en un principio tuvieron un fondo estético innegable, se transformaron luego en orgías vergonzantes y furiosas. La edad media también cultivó estos hábitos e hizo, como todas las otras, uso y aún abuso de las bebidas fermentadas; pero es necesario llegar a nuestra época, la de los grandes progresos y de la civilización triunfante, para ver el alcohol erigido en señor de las costumbres de buena parte de la humanidad. Cabe a nuestro siglo el privilegio de haber conseguido, junto con la destilación del alcohol industrial, la difusión, la generalización, diremos, de un veneno que, si bien se ha usado en todos los tiempos, tiene sobre el de los anteriores el mérito de ser doblemente tóxico y, por consiguiente, doblemente peligroso.

El alcohol ha sido, pues, de todas las épocas, pero el del alcoholismo puede decirse que es exclusivamen-

te un problema de los siglos actuales, porque, si bien es cierto que siempre se ha bebido, se agrega ahora un cúmulo tal de factores, como condiciones de vida, exceso de trabajo, alimentación deficiente y el gran número de problemas económicos que de ellos surgen, que hacen mucho más peligrosos y terribles los efectos de la intoxicación.

Tan importante es hoy el problema, tan complejo se hace que, hasta la tuberculosis—la terrible peste blanca, única enfermedad infecciosa que se ha mantenido firme frente a las vallas higiénicas y de profilaxis que le oponen los gobiernos y los pueblos conscientes de su misión y de los peligros que esa clase de enfermedades entrañan para el individuo y, por ende, para la familia y la sociedad—encuentra en el alcoholismo un poderoso aliado, puesto que sobre los organismos trabajados y vencidos por la intoxicación alcohólica, ella se cierne amenazadora, ayudada por las profundas alteraciones que el veneno provoca en la intimidad de los tejidos y en el misterio de las funciones orgánicas.

Ante los avances de la temible plaga todos los gobiernos y gran número de instituciones del mundo civilizado, se han dado en estudiar los medios de combatirla, han debido investigar, a ese objeto, las causas que la producen, han ido desentrañándolas una a una y, una vez conocidas, han tratado de suprimirlas para evitar, así, sus efectos. Fueron sucesivamente acusadas ciertas condiciones de vida tales como el haci-

namiento, los ambientes mal sanos, el aire confinado, el exceso de trabajo, la mala alimentación, etc., de ser causas de esta enfermedad, pero cuando Koch descubrió el bacilo que lleva su nombre se creyó tener en la mano el medio más seguro de evitar la infección destruyendo el germen que la produce. Todos los medios fueron tentados y todos los sistemas de profilaxis se dirigieron, única y exclusivamente, a destruir el agente para evitar la enfermedad suprimiendo el contagio.

La voz de la experiencia se hizo oír más tarde para demostrar que, si bien el contagio tiene una importancia extraordinaria, no constituye por sí sólo la enfermedad, es necesario, para que ella se produzca, que sea favorecido por condiciones especiales del individuo que le hagan capaz de alojar en su interior el germen infeccioso y permitan, todavía, su pululación. En esto la tuberculosis se asemeja a otras enfermedades infecciosas y convencidos de esa semejanza, los hombres de ciencia volvieron nuevamente la mirada a aquellos elementos que, debilitando al individuo, lo exponen más fácilmente a la infección. Es entonces que, junto al agente productor, volvió a darse importancia a ciertas condiciones higiénicas de la vida, al hacinamiento, a la alimentación, y en fin, a todos aquellos factores que disminuyendo las aptitudes de defensa del individuo, no le permiten luchar con eficacia contra el germen infeccioso y lo ponen incondicionalmente a su merced.

El alcoholismo tiene una ubicación bien definida en-

tre esas causas que acabamos de enumerar; produce modificaciones tan profundas en la vitalidad de los tejidos humanos que—ya lo veremos en el curso de este trabajo—disminuyen grandemente su capacidad de defensa; dá al mundo seres, en tan malas condiciones de vitalidad, que parecen destinados a ser pasto de las enfermedades y, una vez declaradas, agrega sus efectos a los de ellas y corona en poco tiempo la obra que él mismo ha comenzado.

Dolorosamente impresionados por los terribles avances que la tuberculosis está realizando entre nosotros; en este momento que asume la presidencia del Departamento Nacional de Higiene un eminente tisiólogo argentino (1) y que el gobierno parece querer dar un gran impulso a los trabajos de profilaxis que hasta ahora estaban un poco olvidados; hemos creído oportuno elegir un tema de tesis que tuviera relación con esa campaña. Como no era posible abarcar, en el estrecho marco de un trabajo de esta naturaleza, todos los agentes de tuberculización que se conocen y debiendo forzosamente limitar nuestro campo de acción a uno solo de ellos, hemos elegido el alcoholismo, que si bien no tiene entre nosotros la difusión y la gravedad que parece haber alcanzado en algunos países de Europa, está suficientemente difundido, como para tener justamente alarmados al gobierno y a las instituciones públicas y privadas del país.

(1) El Dr. Gregorio Araoz Alfaro.

Nos proponemos, en este trabajo—que ha de ser por fuerza breve e incompleto—hacer un estudio clínico del alcoholismo y de la herencia alcohólica sin perder de vista nuestro objetivo, es decir, su causalidad hacia la tuberculosis; trataremos, luego, de averiguar que relación existe entre una y otra en el extranjero y después en nuestro país, para terminar bosquejando, en un último capítulo, un plan de profilaxis contra la tuberculosis a base de campaña antialcohólica, pero no exclusivamente a base de guerra al alcoholismo, como pretenden algunos entre nosotros y en el extranjero, sino para agregarla a la campaña contra todos los otros factores de tuberculización y contra el contagio mismo, que debe tratar de realizar todo plan de profilaxis bien concebido.

Pedimos perdón por nuestra audacia y tratando de justificar los defectos de que está plagado este trabajo, declaramos que es la primera vez que nos ocupamos de estos asuntos y que, más que el deseo de hacer obra valedera, nos ha impulsado a ello el de iniciar el estudio de estas cuestiones de medicina social que toman, día a día, mayor importancia en razón de las características de la vida civilizada.



CAPITULO I

El orden de la exposición exige que, antes que nada, hagamos un estudio clínico del alcoholismo. Es necesario, antes de acusar a la intoxicación de ser causa de la tuberculosis, que estudiemos los efectos del alcohol en el organismo humano; veamos luego las lesiones anatómo-patológicas que determina, lo mismo que los trastornos funcionales que de ellas derivan y establezcamos, después, si el hábito alcohólico es capaz de producir trastornos en los padres que sean causa de lesiones en los hijos y, reconocidas esas lesiones, si ellas los colocan en condiciones de inferioridad frente a la tuberculosis con relación a los hijos de padres abstemios.

En este primer capítulo nos ocuparemos solamente del alcoholismo crónico adquirido, dejando el alcoholismo congénito y la herencia alcohólica para estudiarlas después.

Hacemos de lado, intencionalmente, el alcoholismo agudo; la embriaguez no interesa al objeto de este tra-

bajo más que como factor del hábito alcohólico. No es el hombre que bebe accidentalmente, aunque se embriague, el que mayores peligros debe temer del alcohol, sino aquel que, poseído de la voluptuosidad que el veneno le produce, hace de su ingestión un vicio, aunque no alcance, en las frecuentes libaciones, los límites de la embriaguez. Es el alcoholista consuetudinario, el que bebe por costumbre y por necesidad, el verdaderamente peligroso para sí mismo, para su familia y para la sociedad, porque es en él que se producen las modificaciones físicas y del carácter necesarias para que su espíritu y su cuerpo sean trabajados por todas las miserias y todas las desventuras; éste es el que nos interesa más especialmente y de él nos será permitido trazar, en cuatro líneas, el retrato clínico necesario a nuestro propósito.

La intoxicación alcohólica crónica no se presenta en todos los sujetos de la misma manera, para ésta como para la aguda, el tipo cambia con cada individuo, pudiendo decir sin exageración que no hay dos absolutamente iguales. Vamos a adoptar, siguiendo a Lancereaux, un tipo en cierto modo artificial, pero que tiene la ventaja de comprenderlos a todos, aún los más diversos.

Tanto en esta forma de intoxicación como en el alcoholismo agudo, es el sistema nervioso, sobre todo al principio, el que soporta más particularmente la acción del veneno. Con las primeras libaciones, cuando ya comienza a establecerse el hábito, el individuo es

presa de un ligero grado de excitación, acompañado de insomnio especialmente intenso en las mujeres. Poco tiempo después aparecen un buen número de sensaciones anormales, hormigueos, sobresaltos y calambres, dependientes todas de la excitación del sistema nervioso.

Consecutivamente a estas alteraciones van apareciendo otras también de orden nervioso: las principales funciones del eje cerebro-espinal, sensibilidad, motilidad, inteligencia y facultades mentales, sufren modificaciones que, de poca importancia en un principio, se van haciendo de más en más intensas y conducen al infeliz intoxicado a la locura o al suicidio.

La sensibilidad puede estar pervertida, aumentada o disminuída, de cuyas tres modificaciones es la última la más frecuente.

La analgesia es, tal vez, la alteración más intensa y puede localizarse solamente a la piel o abarcar también la sensibilidad profunda; en el primer caso hay tan sólo un retardo en la percepción de las excitaciones que llegan del exterior, en el segundo hay una especie de embotamiento total que hace al sujeto completamente insensible al dolor.

La sensibilidad térmica está también disminuída; el alcoholista es poco sensible a las variaciones de temperatura por lo que es común verlo soportar indiferentemente sus mayores rigores, exponiéndose a los grandes enfriamientos y a todas las enfermedades en que el frío es causa determinante.

Los órganos de los sentidos participan también de las alteraciones del sistema nervioso; la visión de objetos de contornos vagos e indefinidos, de puntos luminosos, los centelleos, las moscas, la turbidez y la debilidad de la vista, son habitualmente constatables en esta clase de enfermos. La audición suele estar también disminuída lo mismo que la olfacción y la gustación aunque, estas últimas, en un grado menos marcado.

A todas estas perturbaciones debe agregarse los vértigos, especialmente frecuentes por la mañana, y el insomnio. El alcoholista duerme poco y mal porque, cuando lo hace, su sueño es malogrado por ensueños angustiosos y hasta terroríficos. Todos conocemos las zoopsias y todo el mundo sabe de las sensaciones desagradables que estos sujetos experimentan durante el sueño, ya se sientan sumir en un precipicio, ya se crean perseguidos por animales espantosos, por fantasmas o por asesinos.

Las facultades mentales no pueden permanecer indiferentes en medio del caos en que se encuentran los órganos encargados de llevarles las sensaciones del ambiente; ellas se hallan, pues, diversamente perturbadas, y, pervertidas al principio, son, consecutivamente, más o menos abolidas dentro siempre, claro está, de los más distintos matices y pudiendo llegar, cuando la alteración es profunda, hasta la manía y la demencia.

Ilusiones y alucinaciones acompañan a esta decaden-

cia del individuo, con la característica de ser, casi siempre, tristes y terroríficas y de conducir al enfermo a la depresión física y moral que, agregadas al delirio que se apodera de él, terminan en el homicidio o el suicidio.

La motilidad participa también de estos desórdenes: temblores que, comenzando en las manos y generalizándose luego, producen la dificultad en los movimientos y la vacilación en la marcha; contracturas y sobresaltos musculares que impiden todo movimiento, son los accidentes más frecuentes.

Es común observar, también, desórdenes vaso-motores y tróficos, habiendo enfermos que presentan edemas característicos de las extremidades inferiores y ostentan erupciones, ulceraciones diversas y hasta gangrenas de los miembros, de origen, trófico.

Aparte de los trastornos del sistema nervioso que acabamos de enumerar y que tienen un carácter más o menos general, la acción del tóxico es manifiesta en todos los órganos que intervienen en la absorción y eliminación del alcohol. No debe sorprendernos, pues, que el tubo digestivo y los pulmones participen en primera línea de estas alteraciones, el primero como órgano de incorporación y el segundo de eliminación del tóxico al estado gaseoso.

El estómago es de los primeros en sentirse afectado porque es también el primero que se pone en contacto con el veneno, ésto nos explica la gastritis crónica, la dispepsia y, su consecuencia, la pérdida del

apetito tan necesario al individuo que debe luchar con una alimentación deficiente contra las asechanzas de la enfermedad.

El hígado, paso obligado de la sangre que viene del intestino cargada de alcohol, tiene, lógicamente, que ser castigado en primer término; he aquí la razón de las cirrosis y las degeneraciones que tan frecuentemente presenta este órgano en los alcoholistas.

El pulmón, encargado de los intercambios gaseosos del organismo, elimina, por la respiración, gran parte del alcohol ingerido; su paso por esta víscera tiene forzosamente que dejar rastros y para convencernos de ello oigamos lo que a este respecto dice Lancereaux (1):

“ Los pulmones, órganos de eliminación de las substancias volátiles, tienen sus funciones más o menos alteradas en las personas que hacen abuso de licores espirituosos, sus vasos están siempre más o menos congestionados, y, si el intercambio de gases no está dificultado, es preciso, por lo menos, reconocer que la hematosis está modificada en el sentido de existir una disminución notable en la cantidad de ácido carbónico exhalado. La irritación incesante del parénquima pulmonar es, desde luego, ocasión bastante frecuente de lesiones materiales de este órgano y en particular de la *tuberculosis*”.

(1) Lancereaux E. — De l'alcoolisme et ses conséquences au point de vue de l'état physique, intellectuel et moral des populations.

Por su parte, Combemale en “La descendance des alcooliques”, al ocuparse de las agresiones de que el veneno hace objeto a esta víscera expresa: “. . . .órgano de eliminación del alcohol, el pulmón es asiento de lesiones serias y manifiestas”.

“ La congestión sanguínea de los pulmones, la neumonía aguda con supuración abundante y con delirio, tal como la concebía Royer Collard en los borrachos y tal como se la observa aún; la esclerosis, las granulaciones tuberculosas, son enfermedades a las cuales dá lugar el abuso habitual de los alcoholistas; la tuberculosis pulmonar no entra en este cuadro más que como el producto de una infección sobregregada a un estado general malo producido por la intoxicación alcohólica.”

Armando Longeaud (1), al ocuparse de este asunto, dice que, por la acción del alcohol sobre el sistema nervioso, en la primera faz del envenenamiento se acelera la función respiratoria simultáneamente con las otras funciones, lo que determina un mayor aflujo de sangre, es decir, la congestión activa del órgano. Pero ese estímulo dura poco, lo mismo que en los otros órganos es reemplazado por una disminución de la actividad funcional; los pequeños vasos que llenan el pulmón se dilatan y al ingurgitarse, determinan congestiones pasivas al nivel de los alvéolos pulmonares. Los

(1) Armand Longeaud: De l'influence des excés alcooliques sur la production de la phtisie pulmonaire.

líquidos de exudación que en esas condiciones se producen a la altura de las vesículas, infiltran sus paredes, las espesan y endurecen.

La rémora circulatoria, agregada al retardo en la eliminación del anhídrido carbónico, es causa de graves trastornos de la hematosi y como los productos de desecho que la sangre viciada trae al pulmón no pueden eliminarse, se acumulan a nivel de las pequeñas ramificaciones pulmonares y las transforman en terrenos aptos para la implantación de infecciones secundarias y de la tuberculosis.

Después de leer la opinión de estos autores es evidente que el alcohol produce, a su paso por el pulmón lesiones manifiestas.

El corazón, como que dependen del sistema nervioso, sufre modificaciones en su frecuencia y en su ritmo que se deben a la excitación de dicho sistema, pero, posteriormente, el veneno enferma y degenera la fibra muscular, la víscera se dilata y la circulación se perturba en forma definitiva.

Hasta en la orina se advierten diferencias: la cantidad de úrea expelida disminuye en las 24 horas lo que, agregado al descenso de eliminación de anhídrido carbónico por los pulmones, es causa de la esteatosis tan frecuente en los alcoholistas y que significa un retardo en la oxidación de los tejidos.

Es común oír decir que "Baco ama a Venus", pero esta afirmación es verdadera sólo al principio, puesto que la excitación genésica que el alcoholista experimen-

ta en los primeros tiempos de su enfermedad, es reemplazada luego por una frigidez más o menos absoluta.

La función genital está, pues, profundamente perturbada tanto en el hombre como en la mujer y en el último término de la intoxicación el alcoholista es impotente.

La fácil difusión del veneno en el organismo hace que, más o menos rápidamente, todos los tejidos sean atacados. Desde el punto de vista microscópico las lesiones que estos órganos presentan son de dos órdenes, irritativo y tóxico y debidas ambas a la presencia en la sangre de mayor o menor cantidad de alcohol. Las primeras, determinan una proliferación de tejido conjuntivo que invade los distintos órganos, comenzando por aquellos que están en mayor o más inmediato contacto con el veneno (estómago, hígado y pulmón) y continuando con los más alejados (meninges, membranas serosas y corteza cerebral).

A esta lesión primera de origen irritativo se agrega una segunda de naturaleza tóxica y debida al retardo de oxidación de los tejidos; nos referimos a la degeneración gránulo-grasosa de que participan: la fibra muscular, los epitelios del hígado y del riñón, las células nerviosas, el páncreas, los ovarios y las glándulas salivares y espermática. La degeneración grasa de esta última sería, para algunos, la causa de la frigidez de los alcoholistas.

La resistencia y el poder de reparación de los tejidos, están también muy comprometidos; la prueba nos la

suministra el hecho de que los traumatismos, aún aquellos que en los abstemios son esencialmente benignos, tienen en los alcoholistas un marcado carácter de gravedad. Hasta las heridas aparentemente insignificantes tardan mucho tiempo en cicatrizar, lo que demuestra que la vitalidad de esos tejidos está profundamente afectada.

Otra característica del alcoholista es su débil resistencia a las enfermedades agudas; todos los procesos mórbidos, especialmente los infecciosos, encuentran en él un terreno apropiado y le hacen fácilmente su presa. Es de observación común que su resistencia a las epidemias está completamente disminuída y ellos, lo mismo que los debilitados o mal nutridos, son los primeros segados por la enfermedad, lo que ha hecho decir a un autor francés que alcoholista que escape a una epidemia, es como si quedara con vida después de caer de un cuarto piso.

Hemos pasado en rápida revista, las alteraciones que al clínico es dado constatar tanto en las funciones como en la intimidad de los tejidos; el psicólogo tiene aún amplio campo de observación y bien vale la pena dedicar dos palabras a las modificaciones morales de estos enfermos.

Antes que nada debe hacerse notar, por ser tal vez lo primero que aparece a los ojos del observador, el desapego que el bebedor siente por el hogar. Dominado por la pasión que le subyuga, no encuentra en el seno de su familia la voluptuosidad que sólo el alcohol pue-

de brindarle y se aleja, entonces, en procura de la taberna, santuario de su nueva fe. Pasa, así, en el ambiente infecto de esos locales cerrados, las horas que el hombre sano dedica al ejercicio y a los paseos higiénicos, su organismo ya alterado por la ingestión del alcohol, es más profundamente trabajado por el abandono de las reglas higiénicas que, gracias a la depresión moral que le apodera, han ido perdiendo importancia diariamente. Lo que comenzó siendo para él una golosina que podía suprimir en el momento que creyera oportuno, se transforma, más tarde, en una necesidad tiranizante que le obliga a vivir, de modo exclusivo, para una pasión que destruye en él toda idea altruísta. El egoísmo, la maldad, la crueldad, reemplazan en su corazón al amor al prójimo, la bondad y la piedad y si al principio, estimulado por el mismo alcohol, vió su afectividad aumentada, y sintió por los suyos un cariño insólito y morboso, actualmente, con su cerebro y su afecto embotados, llega hasta olvidar el amor de sus hijos a los que hace víctimas de las mayores crueldades. Toda idea de orden y de previsión desaparecen de su cerebro y lo que fué hogar honesto y limpio se transforma en tapera trabajada por la miseria y por la ruina.

De en medio del derrumbamiento que presencia sin ver o del que, por lo menos, ignora ser la causa, sólo consigue sacar intacta su pasión enferma y avasalladora que, a cambio de las voluptuosidades que le ofrece, le va robando la existencia.

Estas son muy* suscientamente descriptas, las alteraciones que el alcohol produce en los individuos; en el capítulo siguiente hemos de ver que ellas son transferibles a los hijos, a los que colocan en condiciones especiales en la vida y frente a la enfermedad.



CAPITULO II

Dado el material de observación clínica que se posee y los datos suministrados por la experimentación, es innegable, hoy, que los hijos de alcoholistas son degenerados.

Demeaux (1) fué el primero en indicar que el estado de embriaguez en el momento de la concepción era, muy frecuentemente, causa de la epilepsia de los hijos. Después de él se han multiplicado en tal forma los casos de observación clínica que hoy ya nadie duda de la relación íntima que existe entre una y otra.

El alcoholismo crónico, con igual o mayor razón que la embriaguez, es la causa de grandes alteraciones anatómicas, funcionales y psíquicas en los descendientes, al extremo de permitir a Magnus Huss incriminarle la disminución de la estatura de los sucesos. No es necesario recordar, también, que esta intoxicación es

(1) Citado por Combemale en op. cit,

la gran proveedora en idiotas, imbéciles, epilépticos y locos, de los manicomios de las grandes ciudades del mundo.

Hemos dicho en el capítulo anterior, al ocuparnos de los efectos del alcohol en el adulto, que la función genital, lo mismo que las otras funciones orgánicas, era gravemente perturbada. Después de un breve período de excitación, consecutivo a la ingestión de las primeras dosis de veneno y en el que el apetito sexual está aumentado, la frigidez y la impotencia se apoderan del sujeto y lo incapacitan para la reproducción. En la mujer también ocurre este fenómeno, pero en ella tiene menos importancia por el papel pasivo que le corresponde en el acto genital.

Si bien es cierto que durante la excitación inicial el coito es más frecuente que al estado normal, también es cierto que es menos productivo. Hemos visto, al hacer la descripción de las lesiones anatomo-patológicas que el alcohol produce en los distintos órganos, que los anexos genitales participan también de ellas; hemos visto que la glándula espermática era atacada en sus elementos nobles por la degeneración gránulo-grasosa, lo que hacía a su producto de elaboración, deficiente cuando no inservible. Los testículos se van atrofiando paulatinamente, los espermatozoides, cada vez más raros, son reemplazados por células granulosas infiltradas de grasa, el número de éstos va disminuyendo de acuerdo con la atrofia testicular y, a cierto grado de ella, la eyaculación del alcoholista carece en absolu-

to de su elemento fecundador. La mujer sufre también modificaciones equiparables a las anteriores; los ovarios se atrofian, la menstruación al principio irregular, sufre interrupciones más o menos frecuentes y termina por desaparecer prematuramente.

Como vemos, una verdadera senilidad precoz es el término a que conducen, tanto en el hombre como en la mujer, los excesos alcohólicos.

Es lógico suponer que, antes que la atrofia haya llegado a su grado más intenso, el producto engendrado por órganos funcionalmente imperfectos debe adolecer de graves defectos constitucionales.

Realizada la fecundación, el alcohol actuará directamente sobre el feto en los casos en que la madre se entregue a excesos de esa naturaleza e impedirá que siga su evolución normal, ésta se hará entonces penosamente y aún podrá interrumpirse dando lugar al gran número de abortos y partos prematuros que con tanta frecuencia se observan en las madres alcohólicas.

Y no se crea que esta acción directa del alcohol sobre el feto dentro del útero sea afirmación aventurada o producto de la sola observación, ella ha sido probada experimentalmente y con todo rigor científico.

Féré (1) sometiendo huevos de aves a la acción de los distintos alcoholes, observa que su evolución se re-

(1) Citado por Lorenzo Inurrigarro en el «Alcoholismo y sus consecuencias».

trasa y que aparecen deformaciones y monstruosidades.

Nieloux (1) suministra a las madres dosis variables de alcohol y lo encuentra luego, a la autopsia, en los distintos humores y en el líquido amniótico. Repite después estas experiencias durante el parto y observa que, suministrando alcohol a la parturienta desde una hora y cuarto hasta cuarenta minutos antes de él, después de producido indentifica el veneno tanto en la sangre fetal como en la materna y constata, además, que su tenor en alcohol es muy aproximado en una y otra.

Es innegable, pues, que durante su permanencia en el seno materno, el feto está sometido a la acción nociva del alcohol, lo que se agrega al defecto original de ser engendrado por órganos en malas condiciones de funcionamiento.

Supongamos que, a pesar de ésto, el producto de concepción, alcanzara el término necesario para ser viable, el niño a que dé lugar—hemos de verlo enseguida—tiene que venir marcado con estigmas físicos y psíquicos que lo constituyan en un verdadero degenerado y le hagan la vida difícil cuando no imposible.

Puédese agregar aún otro factor a los ya enumerados y es la influencia, innegable hoy día, del estado de espíritu de los padres durante el coito, en el producto

(1) Citado por su discípulo Paul Renaut en «Contribution a l'étude de l'alcoolisme au point de vue exp. et clinique».

de la concepción. Es de observación común que los hijos ilegítimos y adulterinos son, muy a menudo, hermosos; este fenómeno se explica diciendo que, hijos del amor, ellos son engendrados por padres cuyo espíritu exaltado por esa noble pasión, está en condiciones bien distintas del de los alcoholistas deprimido por los abusos, a que se entregan, quienes seguramente ignoran que la pasión que les domina, puede perjudicar a sus hijos por este mecanismo tan insospechado.

La influencia de la intoxicación de los padres se traduce en alteraciones tanto psíquicas como físicas y funcionales de los hijos, cuyos efectos se hacen sentir en todas las edades de su vida.

Ya hemos descripto las que tienen lugar durante su permanencia en el seno materno, nos será permitido ahora, hacer una rápida reseña de las que aparecen después del nacimiento, al tiempo del que es dado observar, en esta clase de niños, las más variadas malformaciones y deformidades congénitas.

La experimentación está de acuerdo con la observación a este respecto, puesto que Maret y Combemale (1), alcoholizando con dosis progresivas a una perra embarazada, le han visto dar a luz seis perritos, de los cuales tres nacieron muertos, uno monorquidco y otros dos de salud y de inteligencia debilitadas.

Una perra de esa misma parición dá a luz a su vez, tres perritos de los que uno, muerto a los quince días,

(1) Citados por este último.

presentaba una persistencia del agujero de Botal y otro, que murió accidentalmente a los pocos minutos de nacer, tenía un varus y una deformidad de la cola.

Otro perro, intoxicado durante seis meses con ajeno, tuvo, de una perra sana, doce hijos, a la muerte de cuatro de los cuales se encontró que el peso de un hemisferio cerebral era veinte veces menor que el del otro.

La resistencia a la enfermedad está sumamente disminuída en los hijos de alcoholistas lo mismo que en sus padres. Hay en el organismo de estos sujetos una marcada debilidad de los elementos de defensa que les hace especialmente susceptibles a las enfermedades y dá a éstas, una vez declaradas, un manifiesto carácter de gravedad.

Su poca resistencia a las causas mórbidas es, también, evidente y hay observaciones de familias de alcoholistas todos cuyos hijos han sucumbido a epidemias de sarampión, enfermedad tan benigna en la mayoría de los niños normales.

En la edad crítica de la vida, las hijas de bebedores sufren perturbaciones especiales, irregularidades menstruales, modificaciones del carácter, alteraciones del humor y de los sentimientos, exageración de la sensibilidad, exuberancia de imaginación y, en fin, excitación o depresión, que suelen hacerse depender de la histeria y pueden conducir las hasta la alienación mental.

La multiplicidad de enfermedades en el mismo in-

dividuo es frecuente en los hijos de alcoholistas y es posible que esta característica traduzca trastornos de la nutrición general que, por gradaciones sucesivas, conducen al linfatismo y a propósito de lo cual escribe Combemale en su obra ya citada:

“ Buscando las manifestaciones de este estado de
 “ decadencia nutritiva, se escribiría un grueso volú-
 “ men y se pasaría en revista todos los capítulos de
 “ la patología. Hay sin embargo, un estado general
 “ que—nos parece—resume todos estos efectos: es el
 “ linfatismo al que caracterizan la disminución de vi-
 “ talidad de los elementos primordiales, la invasión
 “ del organismo por la acuosidad de estos elementos
 “ ahogados en las serosidades; es, también, la eseró-
 “ fula, que linda con ella. Este punto de partida de
 “ tantas enfermedades ulteriores, este primer estadio
 “ de tantas alteraciones orgánicas es, en efecto, la ex-
 “ presión de muchos estados diatésicos en los descen-
 “ dientes; es, también, la manifestación de la intoxi-
 “ cación alcohólica de los ascendientes, como el raqui-
 “ tismo y la atrepsia que no son de ella más que gra-
 “ daciones o localizaciones. El estudio de la eserófula
 “ es, pues, el estudio de este debilitamiento del estado
 “ general del que cada órgano lleva, más o menos mar-
 “ cados, rastros indelebles.”

— Aceptado este debilitamiento del estado general que proporciona un terreno propicio a la pululación de todos los gérmenes infecciosos, no es necesario violentar el espíritu para aceptar que el bacilo de Koch,

uno de los que están más abundantemente diseminados a nuestro alrededor y que no es más que uno de los tantos agentes infecciosos, haga presa de ese organismo debilitado y dé cuenta de él en poco tiempo. Ese debilitamiento de que hablamos tiene un buen aliado en las estrecheces del tórax, tan frecuentes en los hijos de alcoholistas y que, es bien sabido, se consideran hoy, como un agente de predisposición a la tuberculosis. Si el número de hijos de bebedores víctimas de esta enfermedad no es mayor, se debe, tal vez, a que otras múltiples causas de muerte los siegan antes que la tuberculosis pueda instalarse.

Hasta aquí lo que se refiere al estado físico de estos niños, pero—vamos a verlo enseguida—hay aún otras alteraciones, tanto o más importantes que las expuestas, que abarcan la esfera intelectual de estos sujetos y cuya causa es, hoy, unánimemente imputada al alcoholismo de los progenitores.

Del mismo modo que el organismo físico, la psiquis de estos niños sufre, por acción del veneno, profundas perturbaciones, verdaderas deformidades, en todo comparables a las que se observan en el orden anatómico, y que constituyen anomalías por ruptura del equilibrio en las funciones intelectuales.

Hay estados constitucionales psíquicos, anormales por exceso o por defecto, entre los que se hallan la idiocía y la imbecilidad, que se asocian a deformaciones craneanas tales como la microcefalía, las asimetrías, el prognatismo del maxilar inferior, las anomalías

dentarias, etc., todas debidas a una causa única y que cologan a los que las exhiben en el rango de verdaderos degenerados.

Las facultades del alma: voluntad, inteligencia y sensibilidad, se hallan intensamente modificadas. La primera amenudo exagerada hace a estos sujetos irritables, vivaces y coléricos. Lo mismo que ella, la sensibilidad también varía, sus instintos, sus pasiones, sus apetitos, tienen un aspecto tal de anormalidad, y ella puede alcanzar tan alto grado, que hace de estos sujetos elementos peligrosos para la sociedad en que viven.

Una de las pasiones que es frecuente y casi común hallar entre los hijos de alcoholistas, es la de las bebidas alcohólicas. Es un hecho, no discutido hoy día, que los hijos de bebedores son, también, bebedores y agregan los efectos de la alcoholización personal a las taras que traen desde su origen.

No vamos a discutir aquí—porque no nos sentimos capaces—si esa pasión se hereda o si es producto del contagio a que estos niños están expuestos, viviendo junto a sus padres. No hemos querido averiguar, tampoco, cuál es, en la mayoría de los casos, la suerte que corren aquellos niños rescatados del lado de sus padres y criados en ambientes insospechables; no hacemos más que indiciar el hecho de que, hombres y mujeres, se entregan desordenadamente a las voluptuosidades del veneno y si bien los primeros tienen más oportunidades de alcoholizarse por el género de vida

que llevan, las modalidades del carácter propias de las segundas, les supieren ardidés impensados para proporcionarse el veneno y para alimentar su pasión.

Con el objeto de dar mayor valor a lo que venimos de afirmar, insertamos enseguida una observación de Lancereaux, cuya autoridad en la materia abona en su favor:

“Una mujer, dice el autor francés, que he visto morir a los cuarenta y nueve años, gastada por el exceso de bebidas alcohólicas al que se había venido a agregar una tuberculosis pulmonar, abandonó a los doce años su familia y la ciudad donde había nacido de un padre que murió alcoholizado a los treinta y ocho años. Desde los diez y ocho de su existencia, esta mujer comenzó a dedicarse a las bebidas alcohólicas y a los veintitrés la pasión que tenía por ellas era tan pronunciada, que su marido, quien me proporciona esta historia, me contaba haberla encontrado varias veces escondiendo la botella que debía permitirle satisfacer su imperiosa necesidad.”

Esta observación se nos ocurre tan sugestiva que nos evita todo comentario.

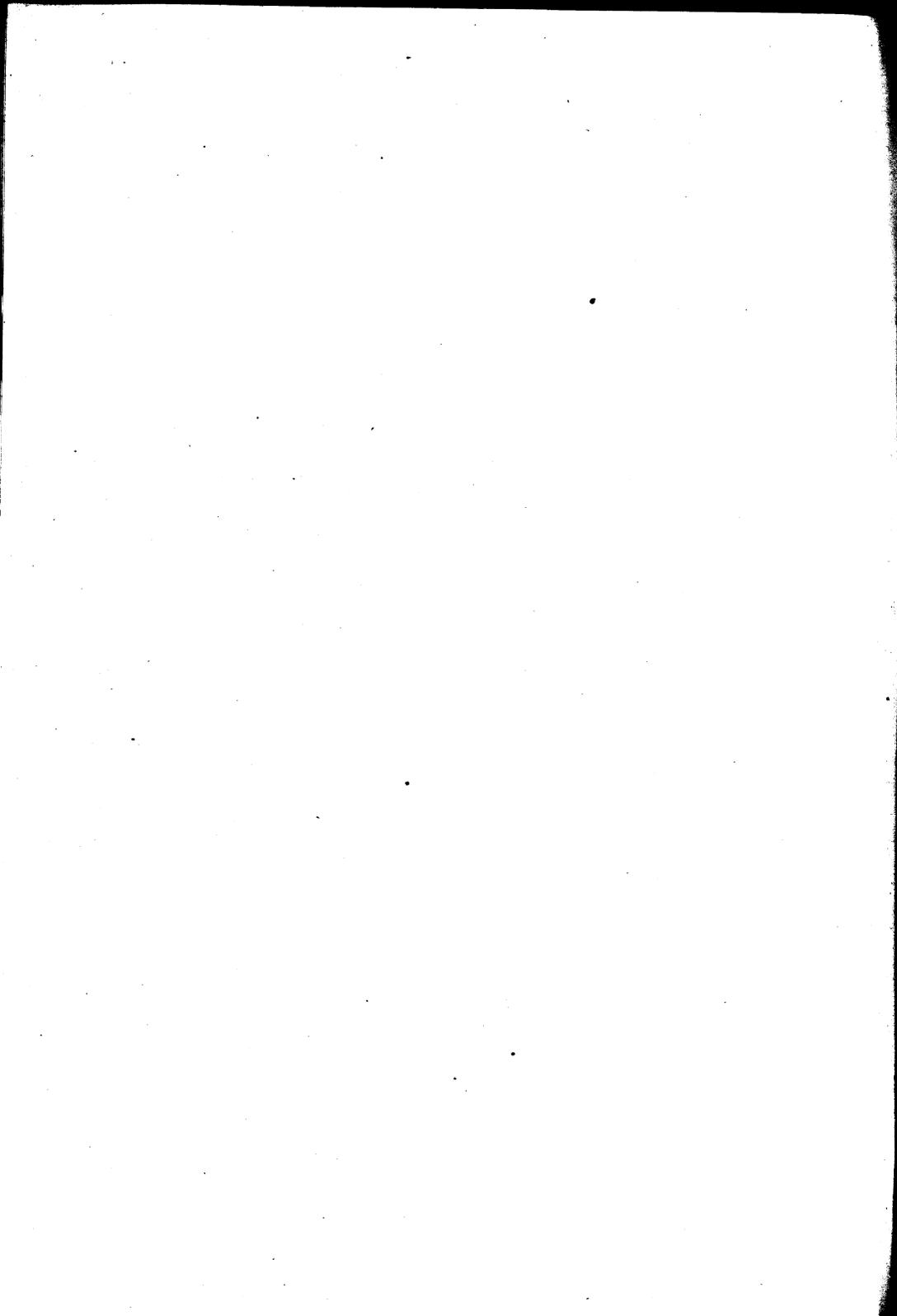
Además de la voluntad y la sensibilidad, la inteligencia está, también, intensamente perturbada y si bien alguna de sus facultades puede alcanzar un desarrollo poco común como para dar verdaderas notabilidades en el mundo de las ciencias, de las artes y de las letras, este desarrollo parcial es compensado por la atrofia de las otras; hay, pues en la inteligencia, una

verdadera desarmonía, un verdadero desequilibrio que, cuando alcanza ciertas proporciones, coloca a estos sujetos dentro de los límites de la alienación mental.

Intencionalmente no hablamos aquí de la inclinación al crimen que sienten estos individuos; las cárceles y las crónicas policiales están llenas de estos sujetos que cometen actos delictuosos, casi siempre graves y muchas veces horripilantes, impulsados muy amenudo por pretextos mezquinos. Los prostíbulos se hallan también, colmados de heredo-alcoholistas, lo que justifica la aseveración de que la prostitución es el derivativo de la inclinación al crimen en las hijas de bebedores.

Hemos visto, por la reseña que antecede, que los alcoholistas congénitos están sometidos, desde el seno materno, a influencias nocivas que atentan contra su existencia, de modo que si el producto de la concepción, escapando a esas múltiples acechanzas, llega a ver la luz, lo hace en condiciones tales de desequilibrio y marcado por estigmas tan manifiestos que transforman a ese niño en un verdadero degenerado mal constituido y mal defendido y lo exponen a todas las enfermedades físicas y psíquicas.





CAPITULO III

« El alcoholismo hace la cama a la tuberculosis ».== *Laudouzy*.

Hemos llegado a la conclusión, después de hacer el estudio clínico del alcoholismo crónico adquirido y del hereditario—congénito que dice Nicloux—que el uso inmoderado de las bebidas alcohólicas determina, en el organismo de quienes lo realizan, profundas alteraciones que pueden transmitirse a los descendientes traducidas en gran número de manifestaciones degenerativas físicas y morales.

Hemos dicho, también, que ese estado patológico producido por la intoxicación alcohólica expone fácilmente a las distintas enfermedades, especialmente infecciosas, a los sujetos que le presentan. Vamos a tratar de demostrar, ahora, lo más convincentemente posible, que la infección tuberculosa aprovecha también de esos estados decadenciales y que, en las mis-

mas condiciones de vida, los alcoholistas están mucho más expuestos a ella que aquellos que no lo son. A este objeto, van a sernos de gran utilidad los datos clínicos que hemos consignado en los dos capítulos anteriores, aquellos que nos suministre la experimentación rigurosamente realizada, y la autorizada opinión de los autores que, en los distintos países del globo, se han ocupado de estos asuntos.

Al estudiar las condiciones de vida de los alcoholistas hemos dicho que, subyugados por su pasión, pasan largas horas del día y de la noche en el ambiente infecto y caldeado de las tabernas, cuyas atmósferas están muy lejos de llenar las condiciones de higiene indispensables; emplean en beber las horas que los hombres abstemios dedican al trabajo, al paseo y al deporte y que la depresión que les hace presas les aleja paulatinamente de la vida higiénica y metódica, cuyas reglas más elementales van perdiendo, a sus ojos, toda importancia, absorbidos por la pasión tiranizante.

Las bebidas ingeridas, los "vermouts", toda la larga lista de complicados aperitivos con que el moderno refinamiento de ciertos individuos pretende estimular el apetito, tiene efectos completamente opuestos ya que no hace sino suprimir la sensación de hambre de suyo disminuída. El alcoholista come, entonces, poco y mal y si con una alimentación sana y abundante podría retardar en lo posible la enfermedad, sin ella, y colocado en las circunstancias que hemos enumerado, ese individuo se encuentra en mejores condiciones de tuber-

culización. El debilitamiento progresivo que el uso del alcohol produce, agrega sus efectos a los de la mala alimentación y las lesiones anátomo-patológicas, que tienen lugar en los tejidos de ese organismo determinan el triunfo del bacilo que llevaba, desde el principio, la mejor parte en la lucha empeñada.

Hemos dicho que la acción sobre el sistema nervioso y la irritación del parénquima que el paso del alcohol produce en el pulmón, es causa de trastornos congestivos y tróficos dependientes de aquel sistema, y de la acumulación de productos de desecho—en razón de los trastornos de la hematosi—que conducen a la instalación de lesiones tuberculosas en esa víscera. Dijimos, también, que no eran bien conocidas las distintas faces del proceso que llevan a la formación del tubérculo, pero es muy posible que el germen de la tuberculosis, tan abundantemente y por todas partes diseminado, encuentre en las nuevas condiciones anatómicas del parénquima pulmonar un terreno propicio a su pululación y que el alcohol obre, además, a la manera de los otros agentes de tuberculización, disminuyendo el poder defensivo del organismo.

Los trabajos de Taay, Laitinen y Labbé, han establecido, al decir de Triboulet, que el alcohol dificulta la libre acción de las células linfáticas o leucocitos, quitándole eficacia a uno de los principales medios de defensa del organismo: la leucocitosis.

La experimentación confirma estas afirmaciones, puesto que Triboulet refiere que Achard, profesor

agregado de la Facultad de Medicina de París, ha presentado al Congreso de Medicina reunido en esa Ciudad en 1915, los resultados de una importante serie de trabajos que vamos a consignar brevemente. El maestro francés inocular cobayos con bacilos de Koch dividiéndolos en dos grupos a uno de los cuales suministra alcohol por inyección, por inhalación y por deglución, observando que, mientras los animales no alcoholizados alcanzan a vivir de 120 a 150 días, los alimentados con alcohol sólo lo hacen de 45 a 60; su vitalidad era disminuída, pues, en un 50 %. Estas experiencias son altamente sugestivas y constituyen, a nuestro entender, un formidable alegato en favor de la causalidad del alcoholismo en la producción de la tuberculosis.

Supuesto que el bacilo de Koch ha penetrado en el organismo del alcoholista, lo tenemos ya transformado en un tuberculoso o, por lo menos, en un pre-tuberculoso. Si su sensibilidad no estuviera embotada por el alcohol, este sujeto sentiría los progresos de su enfermedad y, tal vez pudiera, sometiéndose a un tratamiento médico oportuno—es decir, precoz—oponer las vallas de la terapéutica al avance de la terrible infección; pero hemos visto cómo el alcohol modifica la sensibilidad de estos enfermos, hemos aceptado, también, que, disminuyéndola al principio, termina casi por abolirla y henos aquí, entonces, que el desgraciado enfermo no advierte la iniciación de su enfermedad y prepara su propia ruina ingiriendo nuevas dosis de

veneno que agregan sus efectos a los de las tuberculosis y terminan con él a breve plazo.

“Yo no sé—decía Triboulet en el Congreso de Medicina de París—si el alcohol hace la tuberculosis, pero lo que puedo afirmar es que deshace a los tuberculosos”. En esta rotunda afirmación debieran inspirarse aquellos médicos que dan alcohol a sus enfermos tuberculosos, creyendo estimular con él sus funciones generales, ignorando que sólo consiguen, con esa terapéutica, ponerse de parte de la infección y apresurar el desenlace.

Tenemos ya a nuestro alcoholista tuberculizado y al que los rápidos progresos de su enfermedad obligan a recurrir a la ciencia en procura de alivio. Supongamos que su estado permitiera aún, ayudado por una terapéutica apropiada y un régimen alimenticio sano y abundante, abrigar esperanzas de mejoría; sin embargo, tal alimentación no podrá realizarse porque las profundas alteraciones que el alcohol produce en el estómago y la falta de apetito que ellas determinan, son causa de que se haga en malas condiciones por ausencia del estímulo indispensable. He aquí en el alcohol otra causa, sino directa, por lo menos coadyuvante de tuberculización.

Los hijos de alcoholistas, que traen a la vida taras formidables, tienen, respecto de las enfermedades infecciosas, una susceptibilidad manifiesta y éstas toman en ellos un carácter especial de gravedad. Los medios de defensa de sus organismos tienen, lo mismo que

los de sus padres, una eficacia muy relativa que les dejan a merced de los agentes infecciosos. El linfatis-
mo y la escrófula—ya lo hemos dicho en el capítulo anterior—son patrimonio de esta clase de niños cuyos tejidos vienen ya profundamente alterados y modifica-
dos desde el seno materno. Este estado de debilitamien-
to y esa susceptibilidad especial a las infecciones, hacen pagar a estos infelices un fuerte tributo a la tuberculo-
sis que encuentra, aún, un buen aliado en las estreche-
ces del tórax tan frecuentes en los heredo-alcoholistas.

Triboulet, participa, con la gran mayoría de los auto-
res modernos, de tales convicciones, lo que le ha hecho
afirmar en el Congreso Internacional de la Tuberculo-
sis reunido en París en 1915 que: “las descendencias
“ de los bebedores son enojosamente predispuestas
“ a la tuberculosis; meningitis tuberculosas en los más
“ pequeños, tuberculosis rápidas, sin defensa, en los
“ que sobreviven”.

Las consideraciones que anteceden se nos ocurren
suficientes para dejar bien establecido el rol importan-
te que el alcohol desempeña en la difusión de la tuber-
culosis. Este concepto está hoy tan perfectamente in-
corporado a los conocimientos científicos que, en to-
dos los países del mundo donde la profilaxis de la tu-
berculosis se realiza en forma sistemática y científica,
se dedica preferente atención a la represión del alco-
holismo. En Francia, especialmente, donde este último
problema ha adquirido proporciones alarmantes y don-
de se da a su estudio toda la importancia que la gra-

vedad del caso merece, en razón de la influencia que tiene sobre otro grave problema, el de la despoblación, se han hecho constataciones y experiencias tan ilustrativas que destierran todas las dudas que pudieran abrigarse respecto a la relación de causalidad entre alcoholismo y tuberculosis.

En su sesión del 19 de Diciembre de 1903, la Comisión Permanente para el estudio de la Tuberculosis de París, adoptaba la siguiente proposición: “*El alcoholismo favorece el desarrollo de la tuberculosis*”.

Dos años más tarde en la sesión del 17 de Junio de 1915, Duchateau, en una relación sobre policía sanitaria, pedía, entre otros medios de profilaxis antituberculosa, “combatir el alcoholismo que ejerce, en Bretaña y Normandía, estragos manifiestos no solamente en razón de los abusos, sino también, en razón de la calidad inferior de los alcoholes vendidos a bajos precios en las tabernas, demasiado difundidas”.

El Doctor Bard, agregaba por su parte, en la lección inaugural en la Facultad de Medicina de Lyon: “sabed que el 98 % de los alcoholistas hospitalizados en París son tuberculosos” y el doctor Legrain, estudiando sobre 215 familias de bebedores, ha constatado el 18 % de débiles o tuberculosos entre la descendencia.

Lancereaux, al ocuparse, en uno de sus brillantes trabajos, del alcoholismo y sus consecuencias, escribe a este respecto: “el individuo cuyos órganos son modificados por el uso prolongado de las bebidas alcohó-

licas, soporta difícilmente las enfermedades que como la neumonía, la erisipela, la viruela, dan lugar a una elevación continua de la temperatura”.

Y más adelante :

“Pero el alcoholismo no es peligroso únicamente en razón de las graves complicaciones que determina en el curso de las enfermedades agudas, lo es aún por la gran parte que toma en la génesis de la enfermedad, que es causa principal de la muerte en nuestro clima: *la tuberculosis*”.

Y reforzando sus opiniones anteriores agrega :

“Los hechos que he observado son tan numerosos que asustan, y las pruebas de que no se trata de una simple coincidencia, son los caracteres particulares que reviste la tuberculosis en los casos de este género, en donde ella se distingue, principalmente, por la diseminación y la generalización de las granulaciones miliares por lo menos en los pulmones y las membranas serosas”.

La opinión de estos autores viene en apoyo de la muestra cuando afirmamos que el abuso del alcohol es causa de tuberculización en buen número de individuos. Claro está que no pretendemos hacer del alcoholismo la causa única de la tuberculosis, como pretenden entre nosotros algunas personas, y reducir toda la profilaxis de esta enfermedad a una campaña más o menos bien realizada contra el alcoholismo, pero sí tenemos derecho de afirmar que del mismo modo que el hacinamiento, que la habitación malsana y la permanen-

cia en ambientes confinados o insalubres, la alimentación pobre e insuficiente, el trabajo excesivo y precoz y muchas otras causas aún, y, posiblemente coadyuvando con ellas, el alcoholismo es capaz de determinar, por las alteraciones orgánicas que produce, una susceptibilidad especial para la tuberculosis y, existiendo la posibilidad de contagio, hasta la tuberculosis misma.

Independientemente de las otras causas de tuberculización el alcoholismo no puede tener por sí sólo una influencia demasiado manifiesta en la adquisición de esta enfermedad, pero es capaz de favorecerla considerablemente aún en la campaña donde las ocasiones de contagio, en razón del género de vida y de la pureza de la atmósfera, son menos numerosas. Esta es también la opinión de Triboulet, que escribe a este respecto lo que sigue:

“ Al aire libre el alcohol no tendría la influencia
“ que le suponemos sobre la tuberculización. Sin duda
“ hay, en plena campaña, menos ocasiones de infec-
“ ción, pero aún así, ésta puede ser singularmente fa-
“ vorecida por el régimen alcohólico, tal como lo hacen
“ ver las numerosas observaciones del doctor Brunon,
“ de Rouen, relativas a ricas familias de granjeros
“ normandos alcoholizados y tuberculizados; tal como
“ se le constata aún, según los hechos señalados por el
“ doctor Crivelli de Melbourne: hijos de familias in-
“ glesas, que viven durante meses y años en las llanu-
“ ras de Australia, se hacen bastante amenudo tuber-
“ culosos y para nuestro colega, en ese país, en que la

“tuberculosis debería curarse espontáneamente en
“apariencia, la evolución del mal es favorecida por el
“alcoholismo”.

En América, las condiciones son más o menos las mismas, el uso del alcohol constituye un vicio muy difundido en la mayoría de los países, habiendo tenido ocasión de leer en los boletines de la Liga Argentina contra la Tuberculosis, gracias a la gentileza de su Secretario, el Dr. Ramón Iribarne, que el problema de su represión tiene justamente preocupados a los hombres de gobierno y los médicos de Chile, Brasil, Ecuador, Méjico, San Salvador, Uruguay, etc.

En nuestro país el alcoholismo está suficientemente difundido y causa estragos importantes, revelados por las estadísticas publicadas y que sería ocioso insertar aquí.

El doctor Emilio R. Coni, que tanto trabaja entre nosotros en favor de la Higiene Social, ha dado siempre gran importancia a la campaña antialcohólica, convencido de los efectos perniciosos que las bebidas fermentadas producen en los individuos que se entregan a ella. El problema del alcoholismo es tan viejo, que le vemos manifestarse en forma bien evidente desde la época más remota. Es de todos conocida su influencia en la conquista y el coloniaje; nadie ignora que los españoles suministraban esa clase de bebidas a los indios con quienes comerciaban para arrancarles, a cambio de ellas, el oro y los metales preciosos que despertaban su codicia. Nadie ignora tampoco, que ese alcohol

tan generosamente prodigado y al que tan fácilmente se habituaron, fué una de las causas, quizás la más poderosa, de la enorme mortandad y de la evidente degeneración de nuestras razas aborígenes que, debilitadas por el veneno que comerciantes sin escrúpulo les entregaban a cambio de los miserables jornales penosamente conquistados, fueron asaltadas por la tuberculosis que terminó en poco tiempo con razas de hombres sanos y vigorosos como los indios Patagones.

En los medios civilizados los efectos del alcohol no son menos evidentes; en la campaña se le consume en grandes cantidades y en la ciudad su ingestión forma parte de las costumbres de la mayoría de la población, especialmente masculina. Ricos y pobres, grandes y chicos hacen uso de él pero es, sobre todo, la clase trabajadora la que sufre especialmente sus efectos en razón de la pésima calidad del que puede proporcionarse a bajos precios en las tabernas y bodegones tan difundidos en todos los barrios.

Hubiéramos querido insertar aquí datos estadísticos respecto de la relación de causalidad entre alcoholismo y tuberculosis en nuestro país, aunque sólo correspondieran a la ciudad de Buenos Aires, pero no hemos hallado más que las pocas palabras que insertamos a continuación y que figuran en una nota que la Liga Argentina contra la tuberculosis presentó al Honorable congreso de la Nación en Mayo de 1907. (1)

(1) Boletín de la Liga Argentina contra la Tuberculosis: Año VII, N. 1.

“...próximamente el 60 % de los tuberculosos hombres, tienen antecedentes alcohólicos, y por cierto que en esos casos, como bien lo ha dicho el profesor Landouzy, el alcoholismo ha hecho la cama a la tuberculosis.”

No hemos podido comprobar la exactitud de esa afirmación que, de ser verdadera, resultaría altamente elocuente.

El Dr. Aráoz Alfaro no participa del pesimismo del doctor Coni a ese respecto y en la Primera Conferencia Nacional de la Tuberculosis reunida en Córdoba en 1917 expresó su opinión en ese sentido. Por mi parte tuve ocasión de oír de labios del Dr. Iribarne que, de los interrogatorios a que son sometidos los enfermos que acuden a la Liga Argentina, sólo una pequeña proporción revelan antecedentes alcohólicos.

Me permito objetar que estos datos son insuficientes, sería necesario investigar hasta qué punto esos enfermos dicen la verdad, puesto que es bien sabido que muchos individuos no consideran vicio al hábito alcohólico cuando éste no se manifiesta por la ebriedad. Una estadística bien dirigida que quisiera hacer la luz a este respecto tal vez nos revelara grandes sorpresas si no en la capital, por lo menos, en las provincias en que la industria del vino está muy desarrollada.

CAPITULO IV

Nos hemos ocupado, en los capítulos anteriores, de la acción del alcohol en el organismo de quienes lo ingieren habitualmente y hemos demostrado que, en razón de sus efectos, el alcoholismo es un agente de tuberculización.

Falta, ahora, para dar a este trabajo una finalidad práctica, tratar de establecer qué remedio debe aplicarse con el objeto de conseguir que esos efectos sean cada vez menos sensibles y para contribuir a que la tuberculosis, terrible flajelo que se cierne sobre la humanidad, arrebatándole anualmente un cuantioso tributo en almas jóvenes y llenas de promesas, pueda ser, si no eliminada, por lo menos reducida a proporciones cada vez más exigüas.

No es necesario que digamos explícitamente, por que fluye de nuestra argumentación anterior, que la campaña antialcohólica debe ser emprendida con todo entusiasmo, empleando, para realizarla, todos los medios

que nos proporcionan el mejor conocimiento de los estragos del veneno y de las nuevas reglas profilácticas incorporadas al estudio de la higiene.

No es que creamos que luchar contra el alcoholismo sea el único medio de combatir la tuberculosis; absolutamente nó, estamos convencidos de que ella es el fruto de un gran número de factores, económicos unos, higiénicos otros, que hacen muy complejo el problema de su profilaxis; pero tenemos también la certidumbre de que el modo más seguro de facilitarla y de darle mayor eficacia se hallará dedicando al estudio de cada uno de esos factores y a su eliminación la atención que ellos merecen; por eso pretendemos que se dé al alcoholismo la importancia que realmente tiene en la génesis de la tremenda enfermedad y se le opongán los diques que nos sugieren la higiene individual y colectiva, seguros que, de este modo, hemos de hacer más en favor de la humanidad, que discutiendo inútilmente las características de las distintas especies del báculo de Koch.

Vamos a permitirnos exponer aquí, para dar a este trabajo su nota personal, nuestros puntos de vista a este respecto así como vamos a someter a juicio, ideas propias, apenas esbozadas, relativas a ciertas cuestiones sociales que surgen del estudio de estos problemas, pidiendo por anticipado, para unos y otras, la mayor benevolencia. No pretendemos con ello trazar rumbos ni presentar novedades al juicio de los demás, sólo queremos aprovechar esta oportunidad para que los frutos

de nuestra meditación en temas que son de nuestra preferencia, franqueen los estrechos límites que hasta ahora les habíamos impuesto y ensayen sus alas con la timidez del pájaro que abandona por primera vez el nido.

Todos los planes de profilaxis antituberculosa que se han publicado en nuestro país en estos últimos tiempos, dedican un espacio a la campaña antialcohólica junto a la lucha contra los otros factores de tuberculización.

El Dr. Gregorio Aráoz Alfaro, que es, entre nosotros, uno de los fisiólogos que ha hecho más y más prácticamente en favor de los tuberculosos, ha presentado en la Primera Conferencia Nacional de la Tuberculosis, reunida en Córdoba en Octubre de 1917, un meditado plan, que lamentamos no poder insertar extensamente porque sería salirnos de los límites que nos hemos impuesto, pero que vamos a extractar todo lo brevemente posible.

Divide la profilaxis general, en directa e indirecta. La primera—que subtitula: defensa contra el contagio—se dedica a la asistencia y separación de los tuberculosos que presenten lesiones abiertas, valiéndose para ello de la declaración obligatoria y secreta que descubre a los enfermos y permite aislarlos y educarlos en establecimientos apropiados, así como desinfectar las ropas y locales que hubieran utilizado antes de la hospitalización; establece, también, reglas higiénicas a adoptar en los servicios públicos, así como medidas de educación popular.

La segunda—que substitula: conservación y exaltación de las fuerzas orgánicas defensivas—se ocupa de la protección a la infancia por los dispensarios, los jardines de infantes y asilos maternales, etc.; de higiene escolar por educación física, escuelas al aire libre, campos de juegos, colonias de vacaciones, “copa de leche” y cantinas escolares; procura alimentación buena y barata, casas higiénicas para las clases pobres y parques y diversiones al aire libre; hace profilaxis del alcoholismo y de las enfermedades venéreas; pide la reglamentación del trabajo con descanso suficiente e higiene de talleres y fábricas y establece la necesidad de una asistencia social bien organizada. La base que permita realizar eficazmente este programa es la de una buena instrucción popular por medio de la escuela, de la conferencia, del cinematógrafo, el opúsculo, etc.

Vemos, pues, que el Dr. Aráoz Alfaro reconoce en la lucha antialcohólica un medio de evitar la depresión de las fuerzas de defensa del organismo y, por consiguiente, un factor de lucha antituberculosa.

Aceptado, entonces, que debe combatirse el alcoholismo para contribuir a disminuir los estragos de la tuberculosis, vamos a tratar de establecer, enseguida, cuáles son los procedimientos que, a nuestro entender, deben emplearse para hacer a esa lucha realmente eficaz.

Antes que nada debemos declararnos verdaderos convencidos de que hay que educar al pueblo de tal modo que tenga conciencia de los daños que el alcoholis-

mo le ocasiona y conozca qué medios debe emplear para librarse de sus efectos. Esa educación debe hacerse en todas las épocas de la vida y por todos los procedimientos que una buena práctica aconseje. Desde las madres que crían hasta el anciano, pasando por el niño, el adolescente y el adulto, deben saber que no pueden esperar ningún beneficio del abuso en la ingestión de alcohol y sí, en cambio, graves perjuicios. Las madres que crían deben saber que durante la lactancia, leche es el único alimento que sus niños necesitan; toda substancia que a ella se agregue les resulta perjudicial pues va a fatigar a un estómago que no está preparado para digerirla. Lo que decimos de los productos alimenticios, que las madres ignorantes suelen agregar a la alimentación de sus niños, debe aplicarse, centuplicado, al alcohol, que agrega su acción fuertemente tóxica a su nocividad de substancia extraña a la alimentación infantil.

Es común que, en las familias de bebedores, se dé alcohol a los niños de corta edad. Los padres aplican su lógica de alcoholistas a la alimentación de los hijos y, para acostumbrarlos a todo y creyendo que tal vez pueda agradarles, suelen darles vino en las comidas y aún fuera de ellas, ignorando que sus tiernos paladares no pueden hallar placer al saborearlo y sus estómagos incompletos no pueden resistir satisfactoriamente su acción nociva, puesto que ni unos ni otros están preparados para recibirlo. Es necesario hacerles saber que, de ese modo, sólo consiguen dañar a su sa-

lud y preparar un futuro alcoholista, para que abandonen prácticas tan perjudiciales cuando tengan conciencia de ello y sepan el peligro a que exponen a sus hijos.

Después de los padres, es la escuela la que tiene la sagrada misión de educar a los niños. En nuestro ambiente fuertemente cosmopolita y heterogéneo, ésta debe, en muchos casos, reemplazar a quéllos, ya que la familia no está aquí organizada como en ciertos pueblos más homogéneos. Luchando afanosamente por el sustento diario, los padres no pueden, y aún pudiendo, muchas veces no saben ocuparse de la educación de sus hijos que quedarán virtualmente huérfanos si la escuela no los recogiera. Ella, que los recibe directamente de esos hogares mal organizados, tiene el deber de enseñarles todo lo que de otro modo no podrían aprender, procurando hacer de esos niños, hombres y mujeres útiles a la patria y a la sociedad.

Es a la escuela que encargamos nosotros de inculcarles los inconvenientes de esas prácticas nocivas; ella debe enseñarles con las primeras letras, los perjuicios que el alcoholismo acarrea a los individuos y a las familias; ella debe, en fin—aprovechando la aptitud de asimilación de la mentalidad de los niños—tratar de grabarles hábitos de templanza, valiéndose de los medios más gráficos posibles que, por un proceso de fijación en los tiernos cerebros pasarán, en calidad de nociones definitivamente adquiridas, a establecer normas de conducta para su vida futura.

No es necesario decir que, si esta misión de la escuela debe desempeñarse con toda eficacia, es preciso que sea realizada por maestros que conozcan el valor de los hechos que enseñan y estén convencidos de la bondad de la obra que se les encomienda. A este objeto, las escuelas normales deben dedicar la mayor atención a la enseñanza de esos preceptos y ella debe hacerse lo más práctica y lo más convincentemente posible, utilizando para ello, si fuera necesario, hasta el método experimental.

La escuela tiene aún otra misión: la de acostumbrarlos a las prácticas deportivas que les obligan a permanecer al aire libre el mayor tiempo posible y que les despiertan, simultáneamente, la afición a esos ejercicios. Una vez salidos del aula, van a continuar dedicándose al deporte, lo que aparte del beneficio directo que significa para su salud, les va a evitar, por modo indirecto, abusar de las bebidas alcohólicas. Estamos convencidos de que hombre que hace ejercicios físicos, es hombre arrebatado al alcohol, podrá usar moderadamente de él, pero no hará jamás abuso, lo que constituye, en cambio, la regla en aquellos que hacen de la taberna su diversión habitual. Tal vez exageremos, pero se nos ocurre que los jóvenes dedicados al deporte son moralmente mejores que aquellos que hacen vida sedentaria.

Los institutos de enseñanza secundaria y superior tienen también un importante rol que desempeñar en esta obra profiláctica. Ellos reciben a sus alumnos en

la pubertad, en esa edad de la vida en que se realizan las modificaciones físicas y morales que han de transformar al niño de hoy en el hombre de mañana. Es en esa época que, junto con las características físicas del hombre adulto, se van adquiriendo sus modales y sus costumbres y de esa renovación completa de valores no se saca siempre beneficios, a menos que el carácter sea modelado por un educador hábil, llámese éste padre o maestro. Es entonces que el niño bebe y fuma porque cree que esas son las únicas características del hombre grande y la emulación perniciosa que se despierta a esta edad de la vida transforma a muchos niños de conducta ejemplar en hombres viciosos. Si se les recuerda entonces, con toda oportunidad, lo que ya se les ha enseñado en la escuela; si se pone nuevamente frente a sus ojos en mapas murales bien gráficos, reforzados por consejos verbales bien convincentes, los peligros que para su vida futura entraña el uso del alcohol, es muy posible que se consiga atemorizarlo, conducirlo nuevamente por el camino recto de la templanza y evitar que se transforme en un borracho.

Librado ya a la vida del hombre adulto, ese individuo, necesita que se le recuerde aún, a cada instante, lo que ha aprendido en la escuela. En los talleres, en las fábricas y en los comercios, debe colocarse, frente a los obreros, cuadros murales y carteles alusivos; en las oficinas, en las estaciones, en los hospitales y en los cuarteles, debe, también, hacerse una activa propaganda por los medios más eficaces y para lo que se puede

emplear los recursos de la “reclame” moderna y hasta el pincel y el lápiz de los mejores artistas.

Por la conferencia pública, por el libro, por el opúsculo, por el teatro, el cinematógrafo y, en fin, todos los espectáculos, puede también educarse al pueblo, y estos procedimientos que el doctor Aráoz Alfaro preconiza para la campaña antituberculosa, deben hacerse extensivos a todas las propagandas de este orden que, para alcanzar su objetivo, deben tener la mayor difusión en las masas populares. Hasta la tribuna religiosa debe tratar de esparcir estas enseñanzas que, emanadas de tan alta autoridad, pueden tener gran eficacia entre el público a que van dirigidas.

Hay todavía otro procedimiento que no debe olvidarse y que ha obtenido buenos resultados en todos los países del mundo, especialmente aquellos en que el alcoholismo está muy difundido; nos referimos a la formación de ligas antialcohólicas y sociedades de templanza. Estas instituciones reclutan sus elementos en las clases populares, entre individuos que, una vez convencidos de la bondad de la prédica, abandonan el uso de las bebidas alcohólicas, las destierran de sus hogares y muestran el mayor interés en hacer nuevos prosélitos entre sus amigos y allegados. Este excelente procedimiento es uno de los que están destinados a tener mayores éxitos, pudiendo intensificarse aún su acción por el establecimiento de premios y recompensas en la forma más variada.

Estas instituciones tienen aún otro recurso, según

dice Combemale, y es el de despertar en el individuo el noble deseo de verse prolongado en hijos sanos y vigorosos, bien preparados para la lucha por la vida y útiles para sí y para su patria.

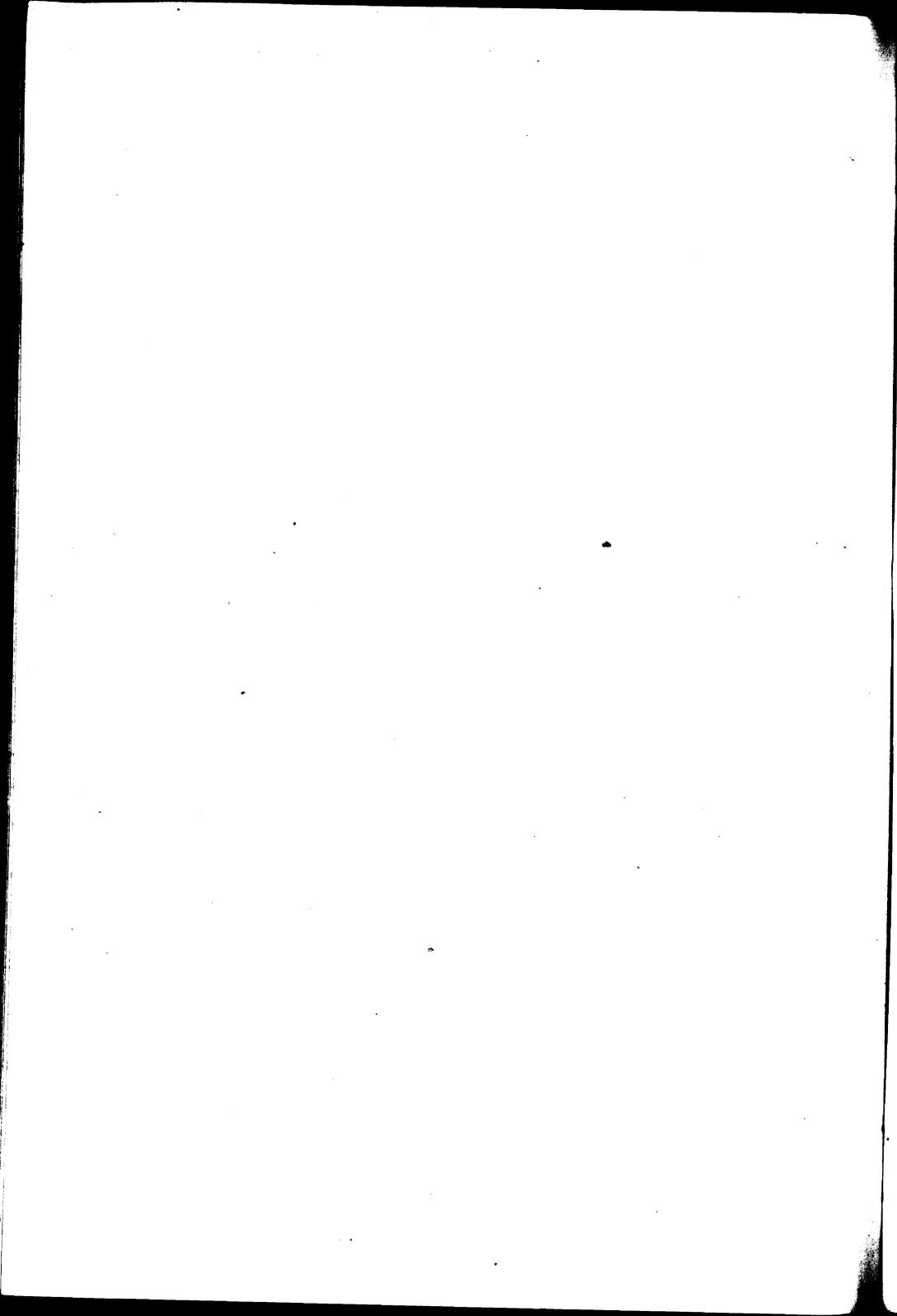
El médico también tiene, en esta campaña, su papel importante; él puede, en su trato diario con los enfermos, llevar a la intimidad de los hogares la voz de la experiencia y reforzar con su consejo, eficaz por las circunstancias especiales en que se oye, la acción de los otros medios que hemos enumerado. Nos parece tan manifiesta su influencia, que tenemos el convencimiento—esta afirmación va por nuestra cuenta y riesgo—que, si en la ciudad de Buenos Aires, la mayoría de las familias de la clase media y buena parte de la clase obrera tienen noción de los peligros del alcohol y moderan su uso, es debido a la prédica constante que casi todos los médicos hacen entre su clientela y a la campaña que, a base de convencimiento individual, vienen realizando.

El gobierno debe contribuir en esta cruzada a la vez higiénica y moralizadora; a él incumbe, más que dictar leyes restrictivas, alentar a la iniciativa particular y privada en su empeño de disminuir el alcoholismo; fomentar la organización de sociedades de templanza y de ligas antialcohólicas; construir parques y jardines donde el pueblo y especialmente el pueblo trabajador encuentre diversiones sanas y baratas; auspiciar la formación de clubs atléticos y deportivos; hacer una inteligente propaganda en las oficinas públi-

cas y las dependencias del Estado, cuarteles, hospitales, asilos, etc., y sobre todo, encargar a la escuela pública que disperse, por todos los ámbitos del país los principios de una sana moral y de una vida perfectamente higiénica edificada sobre bases uniformes para todos los ciudadanos.

Las leyes restrictivas, por mucho que se quieran aplicar con el mayor rigor, están condenadas a ser ineficaces cuando no a fracasar completamente. Nuestras características criollas nos hacen mirar con cierto desprecio todo lo que sea autoridad o tenga fuerza de ley; estamos, por naturaleza, tan acostumbrados a proceder según nuestra propia voluntad, que no aceptamos que gobierno ni autoridad alguna, ni aún con el propósito de salvar nuestra salud, intervenga en nuestros actos privados y quiera modificar nuestras costumbres. A pesar de todas las leyes que se dicten para prohibir la fabricación y el expendio de bebidas alcohólicas y de las fuertes contribuciones que se haga pagar a los que comercien con ellas, se seguirá consumiéndolas en igual cantidad, al menos mientras el pueblo no esté educado en otra forma y aprenda a tener mayor respeto por las leyes. Esta es la razón fundamental que nos hace desconfiar de las medidas restrictivas y nos inclina a declararnos decididos partidarios de los procedimientos educativos a base de convencimiento personal y, entre todos ellos, optar por el que, en nuestro concepto y bien empleado, es capaz de cambiar hasta las características de un pueblo: la escuela.





BIBLIOGRAFIA

- Aráoz Alfaro G.* — Por la salud y el vigor de la raza. (Conferencia en la Universidad de Tucumán), Buenos Aires, 1915.
- Aráoz Alfaro G.* — Bosquejo de plan de profilaxis y otros trabajos sobre lucha contra la tuberculosis. Buenos Aires, 1918.
- Actes de la Commission Permanente pour l'étude de la Tuberculose, Boletín, París.
- Bunge A.* — Proyecciones sociales del alcoholismo. Universidad Popular. Buenos Aires, 1905.
- Bunge A.* — El alcohol y sus efectos. Universidad popular. Buenos Aires, 1905.
- Combemale, F.* — La descendance des alcooliques. Montpellier, 1888.
- Coni Emilio R.* — La tuberculosis en la América Latina. Anales del Dep. Nac. de Hig. Buenos Aires, 1901.

- Delfino Víctor.* — El alcoholismo. La Semana Médica. Buenos Aires, 1912.
- Ferreira Clemente.* — Lucha contra la tuberculosis por la guerra al alcoholismo y a la habitación malsana. La Semana Médica. Buenos Aires, 1918.
- Goenagra Pedro.* — La herencia y el alcoholismo. Tesis. Buenos Aires, 1889.
- Habert M.* — Les ligues antialcooliques en France et a l'étranger. París, 1904.
- Inurrigarro L.* — El alcoholismo y sus consecuencias. París, 1914.
- Lancereaux E.* — Effets comparés des boissons alcooliques chez l'homme, et leur influence prédisposante sur la tuberculose. Gazette des Hopitaux. París, 1895.
- Lancereaux E.* — De l'alcoolisme et de ses conséquences. París, 1878.
- Legrain M.* — Dégénérescence sociale et alcoolisme. París, 1895.
- Legrain M.* — El alcoholismo problema social y moral. Versión española de Víctor Delfino. La Semana Médica. Buenos Aires, 1914.
- Longcaud A.* — De l'influence des excés alcooliques sur la production de la pthisie pulmonaire, spécialement dans les aliénés. París, 1877.
- Pedrosa, Jonathas.* — Do alcoolismo como causa da degeneração. Río de Janeiro, 1899.
- Renaut, Paul.* — Contribution a l'étude de l'alcoolisme congenital. Thèse. París, 1901.

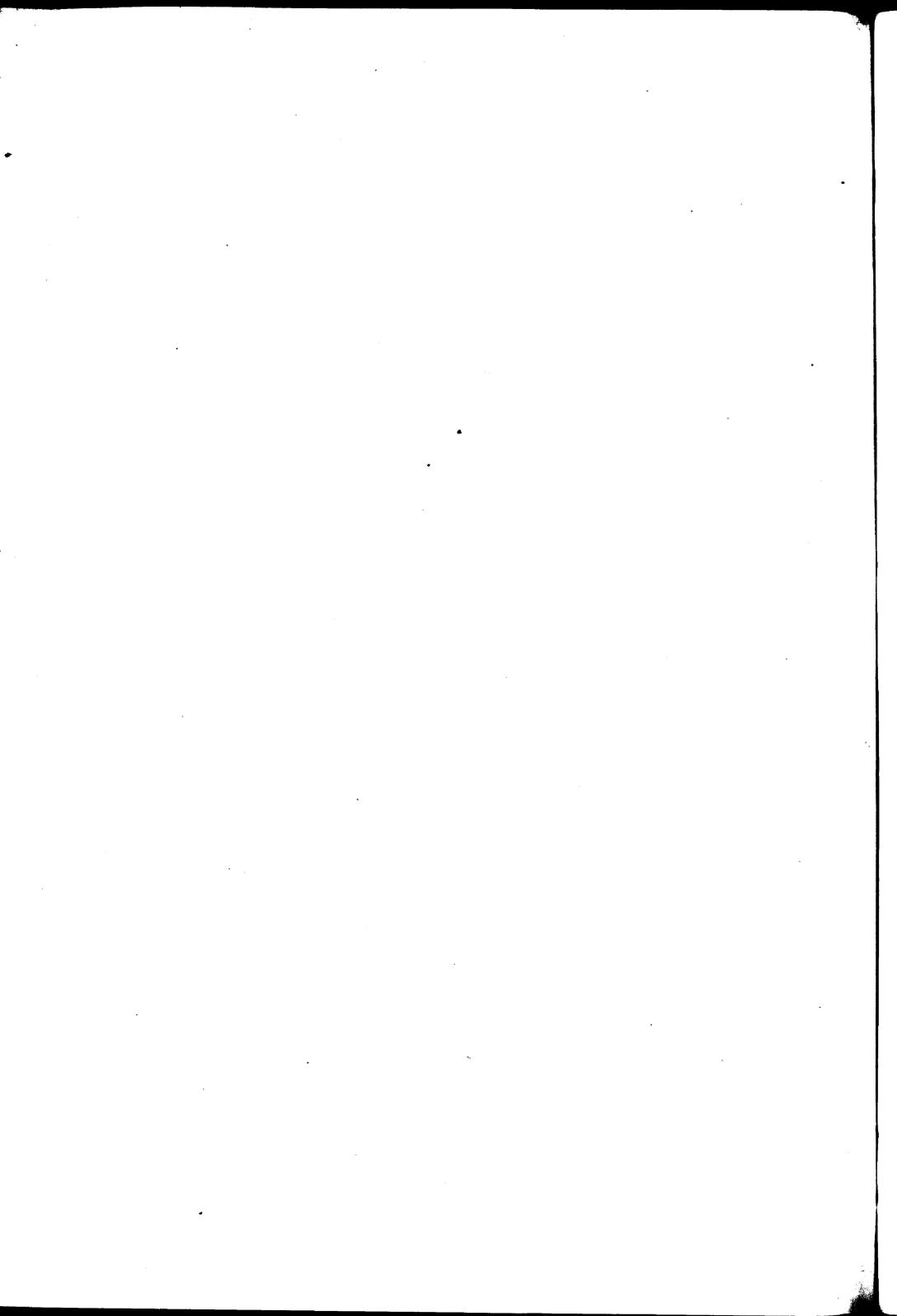
Rénon Louis. — Les maladies populaires. Paris, 1905.

Souilhé, Paul. — Alcoolisme, son influence sur la famille et sur la dépopulation. Thèse. Paris, 1902.

Boletín de la Liga Argentina contra la Tuberculosis.—

Años VII, VIII, IX, y X. Buenos Aires.





Buenos Aires, Julio 17 de 1918

Nómbrese al señor Académico Dr. Gregorio Araoz Alfaro, al profesor titular Dr. Juan B. Señorans y al profesor suplente Dr. Juan Jacobo Spangenberg, para que, constituidos en comisión revisora dictaminen respecto de la admisibilidad de la presente tesis, de acuerdo con el art. 4º de la «Ordenanza sobre exámenes».

E. BAZTERRICA.

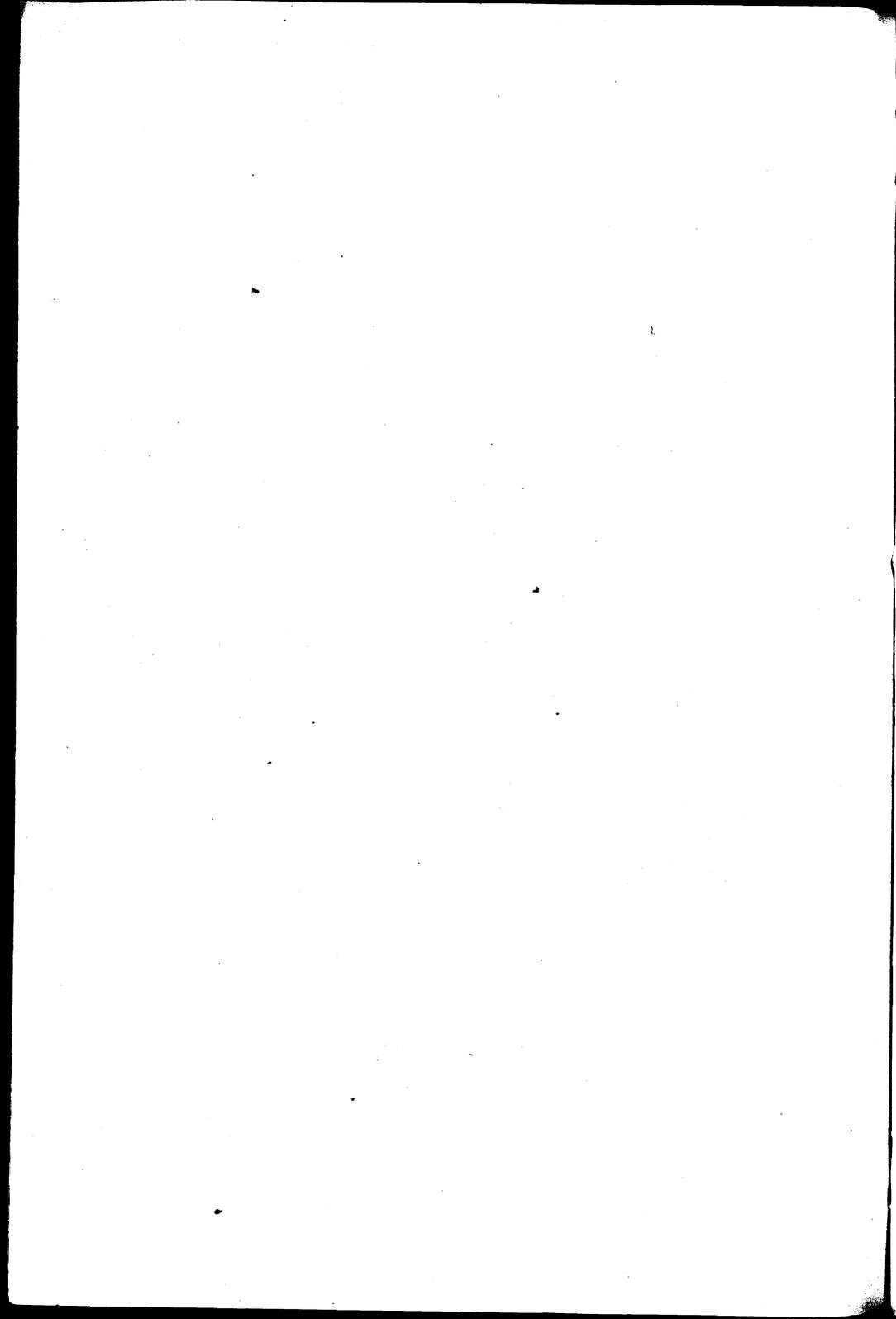
J. A. Gabastou.

Buenos Aires, Julio 20 de 1918.

Habiendo la comisión precedente aconsejado la aceptación de la presente tesis, según consta en el acta N.º 3469 del libro respectivo, entréguese al interesado para su impresión, de acuerdo con la Ordenanza vigente

E. BAZTERRICA.

J. A. Gabastou.



PROPOSICIONES ACCESORIAS

I

El alcoholismo conduce a la tuberculosis más que por el alcohol en sí, por la miseria y la degradación que ocasiona.

G. Araoz Alfaro.

II

¿El alcoholismo es síntoma de una enfermedad nerviosa? o es en sí mismo una enfermedad? ¿se nace o se hace alcoholista?

J. B. Señoraus.

III

Psiquismo del alcohólico.

J. B. Spangenberg

30487





